

Nosotros

Revista Mensual de Literatura - Historia - Arte - Filosofía

Aparece en la primera quincena de cada mes

DIRECTORES :

ALFREDO A. BIANCHI — ROBERTO F. GIUSTI

AÑO I — TOMO I



BUENOS AIRES

1907

KRAUS REPRINT
Nendeln/Liechtenstein
1968

Reprinted by permission of Roberto F. Giusti
KRAUS REPRINT
a Division of
KRAUS-THOMSON ORGANIZATION LIMITED
Nendeln/Liechtenstein
1968

Printed in Germany
Lessingdruckerei Wiesbaden



NOSOTROS

PRESENTACIÓN

La revista ya lleva en su título una rotunda afirmación de sí misma. Acaso ese título, como toda altivez juvenil, aun pueda parecer algo petulante. Porque es en efecto NOSOTROS una revista de jóvenes, y como tal se presenta armada de aquel ardimiento que una esperanza todavía no decepcionada presupone.

No sabemos si ella viene ó no á llenar un vacío. El éxito que obtenga lo dirá. Pero, de todos modos, siempre ha de marcar alguna huella. Lo espera, aún más, lo pretende, pues que, cumpliendo rectamente su programa, que es el de tenerse apartada de todo lo burdo, de todo lo vulgar, de todo lo manoseado, no ha de ser ineficaz la contribución que aporte, por poca que sea, ¡al adelanto de las altas actividades del espíritu entre nosotros. Bueno es arrojar la simiente. Ya fructificará algún día.

Sus aspiraciones no tienen un límite prefijado. Ellas tomarán sin duda una mayor amplitud, á medida que la revista avance en su camino. Más alto se sube, más el horizonte de uno se ensancha.

Esta revista no será excluyente. No desdeñará las firmas desconocidas. Si lo hiciere, renegaría de este su origen, humilde como el lector vé. Todo aquello que bien pensado y galanamen-

te escrito á sus puertas se presentare, recibirá una afable acogida. Ningún otro anhelo anima á sus directores que el de poner en comunión en sus páginas, las viejas firmas consagradas con las nuevas ya conocidas y con aquellas de los que surgen ó han de surgir. Siempre que lograra revelar á algún joven, ya podría esta revista vanagloriarse de su eficacia. Y si estas aspiraciones pudiesen salvar las fronteras de la patria y extenderse á toda la América latina, mejor aún. Nada de más urgente necesidad que la creación de sólidos vínculos entre los aislados centros intelectuales sudamericanos.

Sonríban los descreídos. Salmodien una vez más su repetida pregunta: «¿para qué sirve eso?» El arte, en toda su aparente inutilidad, pasa sencillo, sonriente, en marcha hacia el cumplimiento de los altos fines que persigue, sin cuidarse de aquellos que desde las tinieblas le arrojan piedras.

LA DIRECCIÓN.

INTRODUCCIÓN Á "NOSOTROS"

POR

ROBERTO J. PAYRÓ (1)

Cuenta un prodigioso narrador en un cuento bíblico, que habiendo matado á su mujer por adúltera, Eliasçam hijo de Ghoni, fué llevado á los jueces para que deliberasen sobre su culpa delante del pueblo. Dos eran los jueces, ambos viejos como dos viejos cedros. Ambos tenían barbas canas y largas, pesadas

(1) Conocidos son en cierto círculo intelectual varios fragmentos de una novela que anunciara Roberto Payró hace ya muchos años, con el mismo título de esta revista. Este título alguien nos lo sugirió; pero cuando conocimos su procedencia no dudosa, tuvimos justos escrúpulos de adoptarlo, no habiendo aun sido lanzada á la publicidad esa novela. Consultamos el caso con el mismo Payró. Le propusimos una transacción, que—dicho sea con toda sinceridad—nos convenía. «Dénos usted el primer capítulo de la novela, le dijimos, y nosotros explicaremos la procedencia del título de esta revista.» Era justo. Payró, benévolo como siempre, sonrió con indulgencia y cedió.

La novela de la cual publicamos en este número una parte del primer capítulo, Payró la viene acariciando en su mente desde muchos años atrás. Sin embargo la misma magnitud de la visión que de ella tuvo en principio, le ha impedido hasta ahora darle forma definitiva. Pero, reduciendo su plan primitivo, modificándolo como piensa hacerlo, acaso no tarde esta novela en salir. Así por lo menos lo espera su autor.

No nos corresponde aquí hablar de ella. Como toda la obra de Payró—obra genuinamente nacional como lo atestiguan *La Australia Argentina*, y los cuentos de Pago Chico, y *Sobre las ruinas*, y *El*

de respetos, y ojos profundos, de varones que ven la verdad. El uno condenó al matador, el otro le absolvió. El pueblo alzó su enorme clamor. Y una voz fuerte pidió que para decidir la verdadera justicia, se juzgasen á sí mismos mostrando sus vidas, diciendo el secreto de su sangre y de su alma.

Quien había absuelto era Gedeón, profeta, hijo de Johas Abihezerita; hombre de bondad, escogido por los hombres, con ciento treinta años sobre sus lomos; vigoroso aun por la virtud de Dios. El dijo cómo había pasado su juventud en Hophra, y cómo cuando había en él despertado el amor, á los quince años sacrificó gloriosamente su virginidad por la virgen Nazerath, hija de Maslonn. Después usó de la lanza y la espada combatiendo en los combates de los justos: degolló capitanes y reyes: se reprodujo en innumerables vientres: hizo hijos; y así pudo llegar á vestir el lino blanco de los patriarcas, y á reposar, anciano de bien, después de cumplida su misión de varón.

El viejo juez que había condenado se levantó á su vez, y delante de la muchedumbre silenciosa, habló el secreto de su existencia.

Dijo que había nacido bajo una higuera cerca de Gaza. A los quince años le había vestido su madre de lino blanco, y consagrado á la virginidad. Creció en el aborrecimiento del amor, y miraba la fecundación como un hecho de espanto. La mujer inspirábale desdén y horror: y su virginidad habíase conservado hasta la llegada del invierno de la vida. Era así anciano sin descendientes, cuya simiente había sido ahorrada y perdida sobre

casamiento de Laucha—es una novela fuerte, sincera, que suple los vanos aristocratismos de forma por un concepto vigoroso y fecundo. Por eso, por lo que ha de representar en nuestras letras esta novela en cuanto aparezca, no hemos titubeado—apartándonos algo de nuestro propósito de no publicar sino páginas inéditas—de hacer preceder el fragmento que de ella insertamos, por un artículo que á su respecto escribiera Darío en 1896 en *La Nación*. Es una página que, desconocida para los más y olvidada seguramente por los que tuvieron ocasión de leerla, bien merece, como todo lo de Darío, retener por un instante la atención del lector. Además, contiene enseñanzas que si bien ya dichas en 1896, nadie negará que es conveniente repetir las en 1907.

N. de la D.

la faz de la tierra. «He ahí porque, obedeciendo á su corazón» había condenado á muerte al acusado.

«¡A muerte!» respondió un inmenso eco. Muerte á tí, juez, pues eres tú quien ha juzgado mal.

Los cinco mil brazos del pueblo tendieron un solo puño. Ese puño terrible amarró al juez contra un árbol; y era la ligadura tan fuerte, que las uñas de su nodriza se hubieran roto al querer libertarlo.

Se puso en libertad á Eliasçam.

«Después, se precipitaron los soldados, el arco tendido con sus flechas, y el sol se infló, sopló su fuego como un torrente rojo. Entonces las mujeres vinieron. Descabelladas, delirantes, los senos agitados por gritos ardientes; hasta la noche estuvieron alrededor del árbol; insultaron con sus burlas al hombre de corazón muerto, al casto que negaba el amor. Y las vírgenes despreciadas le cubrieron de lodo y los niños que él detestaba, le lapidaban; mientras que erizados de lanzas, llegados como el viento llega, espantables hombres á caballo detenían su galope bajo el árbol, destrozaban al juez, golpeaban su sexo inútil!»

Ese cuento de D'Esparbes ha venido á mi memoria, mi querido Roberto Payró, cuando he visto más bien que adivinado el noble impulso que te ha llevado á escribir tu libro NOSOTROS: pues tu libro es ante todo una protesta que quieres hacer contra los infecundos é impotentes, en este tiempo en que en todas partes, y en nuestra América sobre todo, se necesitan los fecundadores de almas, los trabajadores, los vigorosos hacedores de hijos intelectuales.

Si el ambiente no te es propicio como á todos los que tenemos nuestras barcas en la Estigia de tinta de la prensa, no por eso te has acobardado, y has podido, en medio de tus tareas psicomecánicas del diario, trazarte tu plan intelectual y poner á disciplina tu pensamiento para la realización de obras de verdad, de bien y de belleza.

De tus primeros libros de juventud no te diré sino que ellos daban á entender claramente las vías que con el tiempo había de seguir tu producción. Por cierto que en tendencias artísticas y en ideales has cambiado mucho. No te felicitaré por la pérdida de tu frescura primitiva; pero ella debía desaparecer para dar paso

á un vigor saludable y viril, y lo que has perdido en amables ensueños lo has ganado en conocimiento de los hombres y de las cosas del mundo.

Tú sabes de las luchas del hombre de letras, en todos lugares atroz y martirizadora, pero en ninguna parte como en estas sociedades de la América Latina, donde el alma anda aún á tientas y la especulación del intelecto casi no tiene cabida. Has tenido un buen campo de experiencia y ese es el diario. ¡El diario! Yo le oigo maldecir y sé que se le pinta como la galera de los intelectuales, como el presidio de los literatos, como la tumba de los poetas. Y es á mi ver injusto de toda injusticia ese cargo. Pues si el trabajo continuado sobre asuntos diversos no nos hace ágiles y flexibles en el pensar y en el decir, ¿qué nos hará entonces?

Los inútiles y los lechuguinos de las frases, los peluqueros de la literatura, los «incomprendidos», los almidonados, teman al diario. Los que aman el hervor continuo de los pensamientos no le temen; los que sienten llamear un deseo de fructificación y de parto, un ansia de elevación sobre las muchedumbres, ó una consagración á un ideal, no le temen.

Antes bien miran en él el campo de batalla.

Y no es por cierto sino saludable su ejercicio y su frecuencia. No mueren las ideas porque tengamos que escribir del hecho común ó que comentar el suceso de ayer; nacen las ideas por eso mismo. Luego vienen las correlaciones extrañas, el secreto de las cosas, las simpatías inexplicables, la amistad con el utensilio —así el amor á la pluma y al papel—y la voz pausada y cadenciosa de la máquina, que anuncia su diaria preñez.

Bendita sea esa voz que nos habla de trabajar y fecundar. A tí, como á tantos otros, te ha arrullado como la voz de una nodriza. Sin esas gimnasias de la prensa, tu idea no habría tenido nunca músculos.

No habrías podido anhelar lo que hoy estás en vías de conseguir. No habrías podido conocer el medio en que vives, ni el mecanismo social de tu patria, ni esta actual gestación, ni soñar con la visión de tan glorioso y luminoso porvenir.

Escribir un libro que contenga la condensación del ser de tu tierra, un libro al par de sociología y de literatura, de estadísti-

ca y de poesía, mezcla de todo y reflexión de todo; meter la Argentina en un libro tarea es de dar temor. No hay un libro que contenga la Argentina. Yo te diré de mí, que cuando quiero confundirme con el espíritu de esta gran nación, me relaciono con el *Facundo* de Sarmiento, con *Martín Fierro*; leo los versos de Obligado ó los libros de González, y decoro también las saludables y ásperas verdades de Groussac.

Intentas encerrar en tu libro á Buenos Aires. Tarea es. No conozco tampoco libro que la contenga. No cuento con lo antiguo. No me refiero sino á este Buenos Aires modernísimo, cosmopolita y enorme, en grandeza creciente, lleno de fuerzas, vicios y virtudes, culto y políglota, mitad trabajador, mitad muelle y sibarita, más europeo que americano, por no decir todo europeo. A mi memoria vienen á este respecto algunos nombres: Cambaceres, Juan Argerich, el autor de *¿Inocentes ó culpables?*, Miró con su *Bolsa*, y Sicardi con sus libros extraños. ¿Citaré al celeberrimo López Bago? Todos han pintado lados parciales. Y luego no vas á hacer una novela. La parte que conozco de tu obra, por más que parezca el comienzo de una novela, no tiene de ella sino el diálogo.

NOSOTROS... ¿Y qué vas á hacer, he exclamado, ¡oh escritor atrevido? ¿Vas á hablar con entera franqueza de las cosas buenas y malas que hay en tu propia casa? De las buenas, pase: pero de las malas ¿cómo vas á hablar? ¿Quieres fecundar tu conciencia? ¿Quieres apostolizar ó redimir? Tienes buen seso para saber ya que esas siembras no dan sino cosechas de espigas.

Tú lo arrostras todo. Te caparazonas de audacia y vas adelante. ¿Estilo? Un día me dijiste: «Soy un periodista, he abandonado por completo toda preocupación literaria.»

Pero desmientes en hermosas partes de este libro tu propósito. La psicología de Buenos Aires hecha entre personajes excelentemente encarnados, he ahí lo que he visto yo.

Y la sugestión de Zola en descripciones minuciosas y bien ajustadas y elegantes.

Sí, eres un periodista; ¿pero quita eso ser un escritor? No es obra de un inmenso, de un colosal repórter esa *Roma* de Zola que estás aún traduciendo para *La Nación*? ¿Zola no nos demuestra que Homero hace competencia á Baedeker?

Para este libro has hecho, según entiendo, varios planos; al par del plano urbano, has puesto un plano moral, un plano intelectual y un plano político y administrativo. Y en ellos has ido estudiando parte por parte, acumulando observaciones, marcando detalles. Te sabes tu Buenos Aires de memoria. Lo has auscultado: le conoces cerebro, ojos, lengua, corazón, vientre y sexo, vigos y enfermedades.

De todo eso nos hablas con franqueza y dureza; pero esta dureza es de amor á esta querida y bella enemiga. De todo tratas desde la estadística hasta la lírica. No me extraña, pues eres uno de los periodistas más completos que yo haya conocido. Enciclopédicamente atrevido, te he visto cómo entiendes desde los partes de policía hasta los editoriales de *La Prensa* y algunos versos míos, que dicen por ahí que no se entienden.

Y así, con constancia, dando tiempo al tiempo, y preparando tus materiales para lo futuro, has concluido la primera parte de NOSOTROS.

Dios te ayude, y te ha de ayudar, puesto que tú te ayudas bravamente. Y pronto veamos la tarea completa en su fin digno.

Y cuando seas juez, bajo tu árbol, podrás juzgar sin peligro de que el pueblo te lapide; sin que se te señale con oprobio como á inútil é infecundo: «No, podrás decir, no puedo ser lapidado y amarrado al árbol, ni herido por las lanzas de los caballeros fuertes, ni vejado por las mujeres, como el juez del cuento bíblico. Mal ó bien, he crecido, al impulso de mis propias fuerzas. He trabajado en el rudo trabajo; y mi pensamiento no ha guardado la castidad de los impolutos: se ha manchado de tinta, y ha engendrado.»

RUBÉN DARÍO.

« NOSOTROS »

(Primer capítulo de un libro en preparación)

Hacía una semana que me hallaba en Buenos Aires, después de catorce años de destierro en la campaña, y la había ocupado en visitar antiguas relaciones anunciándoles mi próximo viaje á Europa, cuando después de un ligero almuerzo, me propuse firmemente buscar á Lové, sin descansar hasta encontrarlo, pues me urgía reanudar nuestra vieja amistad, y escapar á la trivialidad que me rodeaba desde que puse el pie en las calles de mi vieja capital.

Las guías me habían hecho andar de un lado á otro sin éxito alguno, y los informes de criados y porteros, sólo habían servido para aumentar mi confusión y mi impaciencia.

Subí á mi cuarto de l'Universelle, silenciosa en aquel momento, pues casi todos sus habitantes de paso, tan quietos y circunspectos por lo general, habían salido á almorzar; y mientras me cambiaba ropa formaba mi plan de campaña: ir á ver á Gargol, asociarlo á mi pesquisa, ó por lo menos exigirle que me dirigiera, y luego no perder un minuto.

¡Cómo había cambiado Buenos Aires! Catorce años atrás la gente parecía vivir en público, todo el mundo se saludaba, cualquiera nos informaba de lo que queríamos saber. Mientras que ahora las calles eran una baraunda infernal que me mareaba y me ensordecía, no tropezaba con conocido alguno, las viejas casas se habían ido ó estaban por irse, y había menos luz, y menos aire; los altos edificios me sofocaban, los refulbrantes escaparates me sorprendían, y el lujo y la elegancia, y el tráfico, el

atropellamiento de gentes á pie, de tranvías, de carros, de carruajes, de caballos, me hacían pensar en que ésta no era mi ciudad, que acababa de llegar equivocadamente á otro punto del universo. Sin embargo, había seguido en los diarios la marcha ascendente de Buenos Aires, sus progresos rápidos, la sorprendente cifra de su población duplicada en tan corto espacio; pero la prensa, aunque me dejara incrédulo ante sus bombásticos datos, no me había dado, en suma, sino un pálido reflejo de la realidad. Incómodo y desmañado en las calles rebosantes de gente, pedí un coche para ir en busca de Gargol, á quien encontré en la redacción. Nos habíamos visto ya, á mi llegada, que anunció con un sueltito muy amable en la sección Vida Social:

«Tenemos el gusto de saber que ha llegado á esta capital, después de catorce años de ausencia y de paso para Europa, adonde va en viaje de placer, el distinguido hacendado don José Inciente, que tan estrechamente ligado está á nuestras viejas familias patricias. Le enviamos nuestro cordial *shake-hand*.»

No cito en vano el suelto, que me divirtió por lo de «distinguido hacendado» y su forma artificial. Pero Gargol no sabía, en mi primer visita, las señas de Lové.

—¿Cómo hacen ustedes los periodistas para encontrar á un hombre?—le pregunté después de saludarlo.

—Santa Fé, número..... tantos,—me contestó.

Y notando mi sorpresa:

—Ha estado aquí,—añadió,—á preguntarme tus señas, que no me habías dejado, y me dió las tuyas por si te volvía á ver. Lo informó de tu llegada el suelto de Vida Social. Ya ves: *à quel-que chose malheur est bon*.

Gargol tenía debilidad por el francés, con que salpicaba casi todas sus frases, castellanizando palabras también, aunque hablara con su cocinera. Cuando se le observaba esa costumbre, no dejaba de contestar riendo:

—Eso me *posa*. Y los tontos se quedan *abasurdidos*.

Conseguido tan fácilmente el triunfo, dejé á Gargol y me lancé en busca de mi amigo. No había visitado aún aquella parte de la ciudad, y en el trayecto quedé admirado de su transformación. Buenos Aires se había extendido hacia el poniente, como otras muchas grandes ciudades, y desde Callao, á ambos lados de la

calle Santa Fé que se ensancha y se alegra, se suceden las hermosas casas, los pequeños palacios con jardines, mientras que las vías que corta perpendicularmente conservan cierto sello de tristeza pobre, y las casuchas contiguas provocan recuerdos que se creerían desvanecidos para siempre. Aquí había un cerco de pita, allá un pantano, más lejos un rancho de paja y barro, éste palacio era un potrero, aquella casa un huerto... De Florida á Palermo se puede llegar sin una solución de continuidad en la edificación intensiva; hasta entre los pocos jardines que restan, hay algunos cuyas tapias están señaladas por las rayas blancas ó negras que los fraccionan para la venta. Entonces me asaltó la idea de que ya los pobres no vivirían tan á sus anchas en Buenos Aires.

Lové me recibió con júbilo, es la palabra. Hacía mucho tiempo que no teníamos noticias uno de otro, con el odio común á las frases de fórmula, comprendiendo que no podíamos hacer de cada carta un libro. Pero la estrechísima amistad que nos unía continuaba como en los hermosos días de la niñez y la primera juventud. Me había buscado en todos los hoteles de importancia, pero no pensó en que pudiera haberme alojado en una casa amueblada.

—Y ahora te vas á venir á casa,—me dijo con su criollismo crónico é incurable. No quiero que te me perdás.

Mi proyecto de ir á Europa le había extrañado. No comprendía el afán de lanzarse al viejo mundo apenas se tenía con que hacerlo, y sin conocer siquiera el propio país; por negocios, perfectamente; pero hacerlo por placer, cuando se ignoraba lo que ocurría y lo que había en la tierra natal, le parecía lo mismo que preocuparse de la casa del prójimo sin atender la propia.

—Vos visitarías todo lo interesante, irías con el propósito de observar, de aprender, harías estudios objetivos; ya sé. Pero ¿qué contestarías si allá te pidieran detalles sobre tu país? Y ¿qué aplicación tendrían tus observaciones, si no sabés lo que hay que modificar, corregir, perfeccionar ó crear en nuestra tierra?..... Sos rico, sos joven; empezá por el principio; estudiá-nos y estudiáte antes de irte al extranjero.

Me ref. ¿Acaso aquello podía ser interesante? ¿No sabía cuanto había que saber? Bien me informaban los libros y dia-

rios de lo que era la Argentina, y no contestaría disparates á los que me preguntaran por allá, ni en cuanto á política, ni en cuanto á comercio, ni en cuanto á costumbres. Pero él protestó:

—No es lo mismo. Si fuera lo mismo ¿para qué te vas á Europa, entonces? Podés leer libros y diarios, mejores y más. Pero es que hay que ver con los mismos ojos de uno. Yo no he encontrado en ningún libro lo que he visto viajando; por lo menos no lo he comprendido tan bien. Mirá: en aquel mapa están señalados con tiza azul todos los que he hecho. Buena madeja ¿eh? Tucumán y Santiago del Estero por un lado; Bahía Blanca y la Pampa Central por otro; Mendoza por el de más allá; Córdoba en el medio, y luego Entre Ríos y Santa Fé y Corrientes, y el Chaco, y el Bermejo. Fijáte: hasta Corumbá, en el Matto Grosso, y Santiago y Valparaíso en Chile, y Montevideo, y el Salto y Santa Rosa. Mirá por el Uruguay.....

Y siguió relatándome su vida de ardilla, cuándo y cómo había estado en cada punto, su firme intención de visitar el país entero antes de llegar á viejo, su orgullosa satisfacción de haber observado, de haber visto, de saber.

—Podría escribir un libro, un libro nuevo é interesante, lleno de cosas que los demás desdeñan, pero que constituyen nuestra originalidad. Algunas veces me han dado tentaciones. Después lo he dejado. ¿Para qué? Malgastaría el tema, haría un soporífero, no sabría cómo describir las cosas. Pero ¡caramba! Vos no te podés ir sin ver. Tenés que hacer como yo. Si querés, recorreremos juntos las provincias que me faltan: San Luis, San Juan, La Rioja, Catamarca, Salta, Jujuy..... Te aseguro que merece la pena. Saliendo de Buenos Aires, visitando las capitales, se vuelve con una idea nueva, pero nueva de lo que es la República Argentina. Se vé y se toca un límite que parece material.

Le contesté sonriendo que mi viaje estaba decidido, que hasta «la prensa» se había ocupado de él y que no me echaría atrás. Pero él insistió. Era necesario saber la posición moral, intelectual y económica que Buenos Aires ocupaba en el país; éste no formaba un todo homogéneo como parecía generalmente, por el contrario, mediaban diferencias capitales entre provincia y provincia; la característica de cada una estaba perfectamente diseñada, pero en las vecinas había tal semejanza que

era necesario observar muy sagazmente para deslindarla, mientras que en las lejanas, en Mendoza, en Corrientes, en Santiago, saltaban á la vista del menos perspicaz. Y, cosa natural, pero que causaba extrañeza. Buenos Aires, la capital, no se repetía en ninguna otra de las ciudades argentinas, mientras que Buenos Aires, la provincia, sólo tenía puntos de contacto con Santa Fé y Entre Ríos, sobre todo con la primera. Mendoza se parecía más á los del otro lado, á los chilenos, aunque fuera modificándose rápidamente, desde que el ferrocarril la aproximó al Río de la Plata; Tucumán se acercaba á Córdoba, aunque la industria la mueva más; Córdoba continuaba siendo española, conventual, tan conventual como la triste Santa Fé, estrechada y carcomida por las aguas; el Rosario era una calle Rivadavia extendida en todas direcciones.....

Y continuó largo rato esponiéndome la síntesis de sus observaciones, para terminar exclamando:

—¡Qué querés! Cualquiera de las provincias cuando recién la veo, me hace el efecto de un país extranjero, y muchas veces me he dicho que según el concepto que los nacidos aquí tenemos de la república desde chicos, ésta se acabaría en los límites de la provincia de Buenos Aires.

—¡Siempre porteño! exclamé.

—¡Al revés! me contestó. Tengo ideas más amplias. Quisiera que el país fuese completamente homogéneo, por lo menos en el adelanto y la riqueza, tomando, naturalmente, como molde á Buenos Aires. Me gusta haber nacido aquí, como te gustará á vos también, pero no tendría inconveniente en hacerme cordobés en Córdoba ó jujeño en Jujuy, para esforzarme porque adelantaran.

—¿Tenés el carruaje á la puerta? ¿Sí? pues entonces vamos á buscar tu equipaje, y nos venimos. Yo estoy solo, la casa es grande, iremos á comer al centro, donde se nos antoje, como hago todos los días, y estaremos tan á gusto como es posible. Pero desde ya te aseguro que no te suelto.

Salimos juntos, pues no había medio de escapar á su agasajo, y al fin y al cabo mejor estaría en su casa que en la posada, por buena que ésta fuera. Ya en el carruaje, le pregunté con curiosidad si en Buenos Aires todos hablaban como él; yo había tra-

tado de mejorar la manera de expresarme, huyendo lo más posible de los argentinismos, buscando la corrección, y me sorprendía que Lové no hubiera hecho lo propio.

—Eso es según. Algunos hablan estudiadamente, pero hasta á esos mismos suelen escapárseles los vos, los *ché*, con toda la retahila. Los más siguen como antes, y la conversación resulta más enérgica y pintoresca.

—Sin embargo, hoy se escribe bastante bien, los diarios mismos parecen cuidar la corrección del lenguaje.

—Ahí verás. Es que todos saben y ninguno quiere, por temor de parecer afectado. Ya te mostraré algunos que lo hacen. Otros, cuando leen, pronuncian la *c* y la *z*; pero en el trato corriente ¡qué esperanza! los amigos se reirian. Es una preocupación, pero que algo bueno tiene, porque sirve para caracterizarnos. Y después ¡hay cosas tan expresivas! *Desde ya*, por desde ahora, es más perentorio; el *ya*, seco, da á la frase una energía imperativa magnífica. *Recién*, por hace un momento, da la idea de algo tan inmediato, tan cercano, que causa pena no usarlo cuando se escribe. Hay otros argentinismos sonsos, pero muchos son lo más pintorescos.

Seguimos en amena conversación, contándonos nuestra vida pasada, trabajos, esperanzas, desengaños, mi deseo de descansar y distraerme después de tanto tiempo de soledad y de tristeza, su entusiasmo por América que quería recorrer toda, después de visitar su tierra sin olvidar un rincón, y cuyo porvenir veía estupendo, insospechado, soñando en un apogeo fenomenal de los Estados Unidos, y en un progreso vertiginoso para Sud América, sobre todo en la zona templada, que tendría en poco tiempo un comercio incalculable, trocando sus productos con el mundo entero, una industria colosal, porque tenía en su seno todas las materias primas, y hasta un arte y una literatura. Y Buenos Aires triunfaba, Buenos Aires iba á la cabeza de todas las capitales sudamericanas, más que hoy, mucho más, realizando el grito de orgullo de los viejos que la llamaron Atenas.

Nada lo interrumpió: ni la llegada á l'Universelle, ni el trastorno de la mudanza, ni el arreglo de cuentas. Seguía entonando su himno á nuestra tierra americana: la más joven, la más rica, virgen aún, pero de una maternidad portentosa, que sólo espe-

raba ser fecundada para asombrar al mundo con su florecimiento. Todo estaba decrepito, menos ella, apenas llegada á la pubertad; Europa, perdida la cabeza, con arrebatos seniles, lanzábase á aventuras deplorables, Italia en Africa, España en Cuba, por usurpar ó conservar lo usurpado; y Alemania y Francia, y todas las viejas naciones echaban sobre sus hombros cargas superiores á sus fuerzas, y el continente entero parecía estar en la tremenda oscilación del principio del fin.

Nosotros alcanzaríamos á ver muchas cosas todavía; quizás asistiéramos al gran triunfo, si, enloquecida del todo, Europa se lanzaba á la guerra. Pero eso no sucedería, salvo un acontecimiento excepcional é imprevisto que estallara como una bomba.

—¡Los centenarios no se suicidan! exclamó.

(Concluid).

ROBERTO J. PAYRÓ.

HISTORIOGRAFIA ROMANA ⁽¹⁾

Durante el Renacimiento los historiadores romanos fueron leídos y estudiados en Italia con el mismo sentimiento de devoción con que un creyente lee los evangelios, y es que la antigua gloria romana se consideraba como nacional. Eran italianos los que habían conquistado el mundo: levantar dudas sobre una relación de Livio, de Salustio ó de Tácito era atentar contra la patria.

Como Bossuet meditaba sobre los Evangelios, Maquiavelo meditó sobre Livio, prestándole toda aquella sabiduría política que hacía maravillar á Napoleón, para quien no había libro comparable con los discursos del secretario florentino sobre las décadas del historiador paduano. Era sobreabundancia de devoción, y no, falta de crítica.

El siglo de la erudición fué para Italia el XVIII. El criterio histórico se hace en él más independiente. Pero es natural que tan sólo en Alemania, que debe á los latinos su civilización, sin participar de su gloria, podía surgir quien leyera en la historia de Roma con ojo desinteresado; en Alemania, á fines del siglo XVIII y á principios del XIX, cuando aun el espíritu nacional no

(1) A propósito de los dos primeros volúmenes de la *Storia dei Romani* por G. de Sanctis, últimamente aparecida.

existía, que más tarde ese espíritu hizo considerar como prueba de patriotismo el odio á Roma.

El que llevó á cabo una revolución en la historia romana fué Niebuhr, cuya obra (*Römische Geschichte*) apareció en 1811. Antes de él, ya habíanse publicado obras que no han perdido todavía su valor. El período tratado con preferencia fué el del imperio: baste con citar la *Historia de la decadencia y ruina del imperio romano* por Gibbon, publicada en 1776. El material para el estudio de este período ya había sido reunido y ordenado por Muratori. También, ya desde 1738, habían sido puestas de relieve por Luis de Beaufort las incertidumbres y contradicciones que presentan los cinco primeros siglos de la historia romana. Ni se puede tampoco pasar en silencio á Vico, precursor universal.

Con Niebuhr, sin embargo, comienza la moderna historiografía romana, cultivada sobre todo en Inglaterra y Alemania. Descartando las monografías innumerables, las biografías diligentes, y todos los autores que pisaron las huellas de Niebuhr, merece ser citada aparte la historia por biografías de Drumann, en la que si abundan la erudición y la penetración, deseárase sin embargo mayor imparcialidad.

Baste decir que pareció demasiado audaz al mismo Mommsen.

Mientras tanto se volvió á repasar todo el material, á ilustrar todos los puntos oscuros, y á tratar separadamente todas las cuestiones. Entre los italianos merecen ser citados sobre los demás, Rafael Borghesi, que estudió los nuevos fragmentos de los fastos capitolinos, Garzelli, que ilustró las condiciones de Italia bajo el imperio (1833), Micali, que se ocupó de la Italia antigua (1810), y mil más.

No bastando ya los manuales de Goldsmith, de Gilliers, etc., aparecieron otros muchos para las escuelas, cuando en 1855, á satisfacer el deseo de una relación detallada, vino la historia romana de Mommsen, que tuvo una aceptación que acaso el mismo autor no esperaba.

La erudición de Mommsen era inmensa sin duda, habiendo sido puesta de relieve con rara competencia por Coen, en un estudio publicado en la *Nuova Antologia*.

Hablar ahora de ella sería llevar vasos á Samos; pero lo que

no afirmaría es que su imparcialidad sea igual á su erudición. Así por lo menos no le pareció á Ellero. Por lo demás, su marcado imperialismo; su poca simpatía para el romanismo en general, á pesar de haberle consagrado toda su vida de estudio; el modo superficial con que habla de Catón, de Pompeyo, de Cicerón, le han hecho más daño á él que á sus víctimas.

Niebuhr admitía una epopeya romana primitiva, con la que dábase cuenta de muchas leyendas; Mommsen niega á Roma toda aptitud poética, y sin razón. El haberse la literatura desarrollado tarde en Roma y bajo la influencia helénica, nada dice respecto de las aptitudes naturales del pueblo latino para el arte. Volvieron á las ideas de Niebuhr, Lange, Peter, Ihne, Nitzche, etc., con obras monumentales, mereciendo asimismo ser citados entre los mil manuales que aparecieron, los de Leo, Patz, Siddell, etcétera.

En Italia debe mencionarse la historia romana de Atto Vannucci en cuatro volúmenes, que no merece ser pasada en silencio. como algunos lo hacen. Si Vannucci no acepta todos los dictámenes de la crítica alemana, siempre docta, pero no siempre imparcial, tiene sus razones. Por lo demás, su preparación es perfecta, y su erudición tan grande como su buen gusto.

No tan diligente como á d'Ovidio parecele es la historia de Bonghi, de la que no han aparecido sino dos volúmenes.

Todas las veces que en una cuestión toma él la palabra, evidencia su impreparación. Vaya un ejemplo. Sabido es lo que vale Apiano. Bonghi, no obstante, hace un desmedido elogio de su escrupulosidad, porque—dice—quiso visitar todos los lugares de que habla: Cartago, Corinto, Numancia, etc. Ahora bien, Apiano en el pasaje citado, da la razón del porqué dejando el orden cronológico, prefirió dividir su historia por naciones, y dice, más ó menos: he elegido esta división porque siguiendo el orden cronológico el lector veríase con disgusto trasladado de Cartago á Corinto, á Numancia, etc. ¡Vamos! Son errores éstos que no revelan ni diligencia ni agudeza.

No me detendré ahora ni sobre la historia romana de Ampère (París, 1861), ni sobre el manual de Bertolini, que tuvo un momento de suceso, ni sobre la historia de Víctor Duruy, digna ésta

de consideración, ni sobre la de Schiller, de la edad imperial, ni tampoco sobre las obras dignas de mención de Cantú, ni sobre el volumen de la historia romana en la universal de Oncken, etcétera.

El solo trabajo de tomar nota de tantos autores, excede los límites de la capacidad humana. Antes de todo hay que ordenar las fuentes antiguas, de lo que ocupóse Nitzche (*Die Römische Annalistik*—Berlín, 1873), y después de él C. Peter en su crítica de las fuentes (Halle, 1879). La colección de los fragmentos débese en vez á H. Peter. En Italia un minucioso estudio de las fuentes se ha hecho en el primer volumen de la historia de Roma de Pais. Con todo, aun no ha aparecido al respecto una obra definitiva.

Esto en lo que concierne á los antiguos, que en cuanto á las obras modernas, hace falta una bibliografía de ellas. En las páginas anteriores sólo he indicado aquellas obras que representan síntesis más ó menos vastas, mientras que en esta materia el trabajo de los sabios ha llegado al *summum* de la subdivisión. Cada acontecimiento, cada ley, cada nombre, sea de lugar, sea de familia ó de individuo, tienen á su respecto toda una bibliografía parcial. Estos estudios se hacen por monografías, que aparecen con preferencia en periódicos especiales.

Así, pasando á Italia, prevalece hoy allí la monografía, el estudio parcial sobre tal ó cual documento, tal ó cual pasaje, siendo en esos estudios donde más se revela el carácter nacional. En efecto, cuanto más limitado es el campo, tanto más fácil es dominarlo, y poder, pues, formarse una opinión: en esto, la intuición, en la que sobresalen los italianos, puede hacerse valer con provecho.

Y no faltan tampoco las relaciones continuas con los estudios que se hacen en los demás países, y los resúmenes, y las valuaciones: agréguese la importancia que han adquirido las escavaciones y las continuas publicaciones á que aquellas dan lugar, siendo en esta rama de los estudios históricos en la que, á pesar de su amplitud, se trabaja con más orden y disciplina.

El interés histórico anda en Italia conquistando el profesorado; pero, ¿qué puede hacer un profesor con el mísero sueldo que recibe? ¿Cómo procurarse las obras? ¿cómo abonarse á tantos

periódicos? Y las bibliotecas—á excepción de algunas—no se hallan del todo bien provistas.

Pero, quien se dedica á esta clase de estudios, si quiere que su voz se distinga en concierto tan vasto, ha de renunciar á toda otra preocupación. El elogio de los competentes ha de bastarle. Por desgracia, el periodismo que podría sacarlo á la luz y señalarlo al público, se halla todo en manos de hábiles editores, de demagogos, de gente que no tiene sino un culto, el del dinero; que conoce todos los resortes de la *réclame*, y que sabe cuán explotables son la ignorancia y la inconsciencia humanas. Se alaba, se ensalza al correligionario, se le crea una reputación ficticia. En condiciones semejantes no ha de extrañar que sólo pueda sostenerse la monografía, la ilustración parcial.

A pesar de todo es verdaderamente asombroso lo que se alcanza á hacer; asombroso en razón de las mismas circunstancias.

En Alemania, donde los estudiosos, en continua relación entre sí, forman una gran orquesta, surgen de vez en cuando síntesis, organizaciones del material conquistado, en las que aparece reunida toda la labor individual.

Trabajos de tal índole, metódicos, exactos, con su bibliografía completa, son los que ayudan al estudioso italiano.

Ayudas también lléganle de Francia, donde todo se pretende verlo claro, y el respeto de la tradición modera el vuelo de la hipótesis y le corta las alas; ayudas también lléganle de Inglaterra, de modo que no faltan en Italia quienes no desesperan todavía de reconquistarle la primacía en estos estudios sobre su pasada grandeza.

He nombrado poco antes la historia de Pais, obra que no satisface en conjunto, pues, si bien llena de erudición, lo está también de hipótesis desatinadas.

Superior á ella bajo todo concepto es la *Storia dei Romani* por G. de Sanctis, alumno de Beloch, obra últimamente aparecida. Si en fisiología pudo Italia dar al mundo un Luciani, si producir casi en cada ciencia, obras que reflejan el estado del saber contemporáneo, ¿porqué no ha de ser posible que haga lo mismo en historia romana? Pues bien, esta historia de de Sanctis, que aun

no comprende sino el primer período, no será acaso definitiva, pero, sin duda alguna, no es inferior á ningún trabajo extranjero en la materia, ni por la amplitud de la erudición y preparación que evidencia, ni por el método. Todas las cuestiones son en ella tratadas serenamente y con independencia de juicio: el texto anda acompañado de su correspondiente bibliografía al pié de la página, y, naturalmente, no una bibliografía rutinaria ó vulgar. Las obras que según su opinión han perdido valor, las omite; las que no tienen ninguno aparenta no conocerlas; pero si, ya por una razón, ya por otra, alguna obra ó publicación antigua puede servir, no deja de citarla, y nunca cita un autor sin juzgarlo. Además introduce al lector en cada cuestión, no dejando nunca de citar los pasajes controvertidos que la ocasionan.

Si de Sanctis alcanza á poner fin á su obra, Italia tendrá una historia romana á la altura de los estudios contemporáneos.

FRANCISCO CAPELLO.

BELTRAN Y FAUSTINO

(Fragmento de una crónica del siglo VI)

Lo que va á continuación ha sido sacado de una crónica latina de la época merovingia. Es de autor anónimo, y el manuscrito no dá indicaciones suficientes sobre el lugar ni sobre la fecha precisa de su redacción. Es fácil inferir sin embargo, de algunos detalles, que ha sido escrita por un contemporáneo. Es casi seguro que el autor vivió en Tours, y contribuyen á robustecer esta conjetura las frecuentes alusiones á la basílica de San Martín, y su especial devoción por este santo. Es evidente también que su crónica fué escrita ante de fines del siglo VI. El autor parece haber conocido á Gregorio de Tours. En dos pasajes diferentes cita el «Tratado de la gloria de los confesores» y el «Comentario sobre los salmos». Además su estilo es una visible imitación del de Gregorio, y muchas expresiones parecen haber sido tomadas de la «Historia eclesiástica». El fragmento publicado comprende la introducción de la historia de Beltrán, y el episodio del diácono Faustino. El resto del capítulo que aun no he podido traducir narra algunos otros milagros del anacoreta.

En el año 575 de la natividad de Nuestro Señor y 163 de la muerte de San Martín, antorcha de las Galias, apareció en el cielo una estrella de brillo sobrenatural y de forma desusada, que anunció grandes calamidades, pues antes de un mes el Ródano salió de madre devastando la campiña adyacente, y cerca de Soissons un rebaño de lobos causó enormes perjuicios. Este inexplicable fenómeno celeste fué interpretado como un signo del próximo fin del mundo. Semejante opinión es hija de la ignorancia popular, pues las señales que precederán á la destrucción han sido minu-

ciosamente descritas en el Apocalipsis, y es evidente, por otra parte que el reino del Antecristo empezará mil años después de la gloriosa muerte y resurrección de Nuestro Señor, por quien hemos sido salvos. Pero esta creencia introdujo un gran espanto en los espíritus, y muchos, suponiendo que la hora del juicio universal estaba próxima, se entregaron á toda clase de crímenes y de excesos, imitando en esto las costumbres de los paganos.

Ese mismo año, Beltrán fué á establecerse cerca de Poitiers. Beltrán había nacido en Tours, y durante su juventud vivió en el siglo, sometido á las pasiones perversas. Una noche se retiraba á su casa, cuando una viejecita encorvada se le acercó, pidiéndole limosna. El joven buscó en su cinto una moneda, pero se halló absolutamente desprovisto de dinero. Entonces, quitándose una cadena de oro que llevaba al cuello se la entregó. Esa misma noche tuvo un sueño de origen divino. Vió á Santa María, Nuestra Señora, en su trono celeste, con una cadena de oro en la mano, y que decía: «Me la ha regalado mi hijo Beltrán cuando aun vivía en el error.» De la misma manera fué convertido San Martín. Esta notable visión hizo comprender á Beltrán á cuan profundo abismo le había llevado su vida detestable. Al día siguiente repartió sus bienes entre los pobres y no queriendo vivir allí donde tanto había ofendido á Dios con sus crímenes se retiró á la soledad.

Su abstinencia era grande, y sólo se alimentaba de leche y de pan. La fama de sus virtudes no tardó en esparcirse por la provincia y de los pueblos más lejanos una multitud de enfermos acudía á implorar su intercesión. Daba la vista á los ciegos y curaba á los poseídos por medio del signo de la santa cruz y con la aplicación de hierbas saludables. Permanecía á veces durante tres días y tres noches sin comer ni beber.

Vivía entonces en Poitiers un sacerdote llamado Faustino, diácono, de familia senatorial, hombre que no tenía de cristiano sino el nombre, pues sus acciones eran dignas de un hereje. Escarneciendo la santidad de su ministerio, repudió á su legítima mujer y se unió con un amor criminal á la mujer de su prójimo. Sabía la gramática latina, y había leído no sólo la «Consolación» de Boecio, sino también la Eneida que pocos conocen por

entero, por lo cual mostraba una vanidad insoportable. Algunos suponen que era arriano y que admitía diferencias absurdas entre las personas de la Santísima Trinidad. Se entregaba con furor á todos los vicios y blasfemaba de los santos, hasta que Nuestro Señor en su misericordia quiso advertirle, privándole de la vista. Esta señal evidente de la voluntad divina no modificó las costumbres del sacrilego. Sin embargo, como los dolores propios de su dolencia llegarán á ser intolerables, pareció arrepentirse: se hizo llevar hasta donde estaba Beltrán y confesó sus pecados. Beltrán hizo sobre él la señal de la cruz. Pero como Faustino estaba desprovisto de fé, la intercesión del santo no bastó para curarle. Y vuelto á su casa llamó á un físico para que le asistiera. Este acto inícuo no tardó en atraer sobre su cabeza la cólera de Dios, pues una semana más tarde, mientras se paseaba por la orilla del río, cayó al agua y se ahogó.

.....

EMILIO BECHER.

CUATRO BOCETOS

El Café

En el rincón oscuro del café solitario,
Entre un ebrio que llora y un gato que dormita,
Silabea mi idea por el abecedario
De las cosas triviales que el desgano limita

Y la pereza esfuma. Sobre la mesa el diario
Sutiles argumentos de opositor medita ;
En la calle la lluvia que es un viejo sudario
Deshila mansamente su hilazón infinita.

La mortecina lumbre del cigarro en la taza
Dos hojas enceniza de un crisantemo chino
Puesto sobre la loza por un pincel francés,

Y mientras va, en un cromo del muro, un rey de caza,
Los contornos divagan en tonos de esfumino,
Las luces tienen sueño y un reloj da las tres.

Rincón de Patio

Chorrear las macetas recién regadas
La pared envejecida donde un mocoso
Ha escrito un comentario libidinoso
Bajo la indiferencia de las miradas.

Palidecen las malvas atormentadas
 Por un cáncer de flores, siempre oloroso,
 Y arañan el oscuro suelo leproso
 Las saltarinas peonzas bien aguzadas.

Cuatro ó cinco vecinas en compañía,
 Entre un chisme sabroso y un mate aguado,
 Comentan las noticias de policía,

Y en el cuarto la enferma llega á creer
 Que es la protagonista del libro amado
 Que anteayer le prestaron en el taller.

El Cristo del Juzgado

Mientras lee el secretario con voz que atrista
 De los considerandos partes primeras,
 El juez que tiene cara de prestamista
 Va marcando el programa de las carreras.

Se trata del proceso de un anarquista
 Que gritó cuatro cosas por las aceras,
 Y el *ad latere* docto pasa en revista
 Los cargos que merecen penas severas.

Tiene el muro un doliente Crucificado
 Que fermenta en sus llagas toscos rubíes.
 Cercanas á los clavos del pie llagado

Se entretejen rojizas llagas de herrumbre...

.....
 (¿Qué hará entre providencias y entre otros íes
 Ese cuerpo de ayunos y mansedumbre...?)

Bajo la lluvia

La lluvia con blanduras de enamorado
Se apaga en su tableado traje morado,
Y si en la nuca grácil se despereza,
Sobre el milagro rubio de su cabeza

Queda prendida. Por el tramado
Que los hilos sutiles han trabajado,
Se descuelgan las gotas con la torpeza
De arañas de diamantes en la maleza

De la aurea filigrana de un aderezo...
Tan mansa cae la lluvia que es como un rezo,
Y á las luces temblantes de los faroles

Que en las aceras brillan como charoles
Dos lágrimas simulan gotas arteras
Cuajadas en el arco de sus ojeras.

ENRIQUE J. BANCHS.

EL SACRISTAN

Algunos dijeron que era el cura, pero yo pienso que debió de ser el sacristán. Por que es más de sacristán aquella escena en que la voz de una campana sube al cielo para avisar al Padre que en la tierra abandonada ha nacido un amor...

Era en uno de esos adorables países de las zonas calientes. Y como en aquellas comarcas todo arde, el alma de la joven aldeana ardía de pasión ante las miradas ambiguas del rubio sacristán. Y cada vez que iba á la fuente para llenar su cántaro se encontraba con él. Y cada vez que él arreglaba los antiguos encajes del altar de la Iglesia ó limpiaba los cozones con sus manos temblantes dirijía sus ojos hácia el último de los escaños en la seguridad de ver fulgurar en la sombra del coro los ojos de ella.

Y así, sin darse cuenta, en la divina inconsciencia de los seres perfectos, se fueron amando con amor religioso: un amor sagrado y profundo que al crecer en silencio, sin la necesidad de las palabras, se alimentaba de su violencia propia.

A veces, sin embargo, el sacristán tenía extraños temores. Al pensar en Dios, á quien en su inocencia creía ofender con sus pasiones el alma se le llenaba de congojas y con el espíritu excitado oía palabras de reproche. Muchas veces pidióle perdón de rodillas mientras dejaba caer de sus manos el libro de oraciones. Y más de una noche, enloquecido de terror, juró ante los altares desatar su alma de los vínculos terrenos. Al día siguiente, sin embargo,

la aparición de la aldeanita lo tornaba perjuro, y una sola mirada de aquellos ojos infantiles y blandos era suficiente para destruir, como castillos de papeles, sus más bellos proyectos.

Pero á pesar de la intensidad creciente con que lo dominaba la aldeanita había permanecido hasta ese instante sin hablarla, aunque á veces la realización de su silencio le costase esfuerzos dolorosos.

Una mañana que se hallaba en la Iglesia, agobiado, sin duda, por la quietud terrible que los templos arrojan sobre las almas solitarias, la vió llegar, sola y pensativa, en dirección á la pila del líquido bendito. Y allá en el fondo de su ser pensó en esas santas de las viejas leyendas que para tentar á los creyentes adoptan formas materiales. Y entonces, ante la idea cristiana, le faltó el necesario valor para dirigirle la palabra.

Pero se contemplaron breves instantes, mudos, paralizados ante su recíproca presencia, mientras sus almas gemelas llegaban á sus ojos con irradiaciones de fulgores extraños...

Y la aldeanita cada vez era más bella y el rubio sacristán más pudoroso.

Una mañana, después de mucho tiempo, él arreglaba las campanas suspendido en el pináculo de la torre. De pronto sintió un rumor desconocido en la escalera que conducía á la cúpula y dió vuelta los ojos. Entonces contempló á la aldeana que con el rostro rojo, como los resplandores de un incendio, subía hasta él excusándose con frases incoherentes.

Y al hallarla á su lado, en la hora imprevista, sobre la parte más alta de la Iglesia, sus labios febriles estallaron en un beso que hirió la frente de la niña. Ella, asustada, ante la salutación extemporánea y comprendiendo quizá el atrevimiento de su audacia, exhaló un grito de sorpresa y descendió las escaleras apresuradamente.

Y el sacristán estupefacto por la acción cometida en la casa de Dios levantó los ojos al cielo para pedir perdón. Pero ante él se alzaron las campanas, enigmáticas y frías, dejando caer sus cuerdas sobre las escaleras inmediatas. Entonces, con un movimiento inconsciente se asió de las sogas. Y las campanas comenzaron á vibrar violentas, ágiles, enloquecidas, solmenadas en la cúpula

la por la mano frenética que las hacía gemir en el terrible estallido de un concierto macabro. Y sobre la campiña, bajo las nubes, hasta las más lejanas líneas del horizonte se desplegó la vibración insólita para llegar á Dios.

Vibraban, vibraban en la quietud matinal, mientras el vecindario temeroso acudía á la Iglesia. Y el sacristán, cada vez con más bríos tiraba de las cuerdas. Hasta que una persona osada llegó á la cúpula para gritarle que bajase.

Entonces él, en su lenguaje rudo, aprendido en la campaña solitaria, quiso explicarle su locura. Y le dijo que esa mañana había pecado y deseaba hacer llegar al cielo, por la voz de los bronces, su arrepentimiento doloroso.

Y siguió tocando, tocando locamente, tocando siempre, con sonos formidables que repercutían en los cortijos como la voz de un trueno... De pronto, á la tarde, cesó la vibración. Y cuando subieron á la cúpula le hallaron en el suelo, recientemente muerto, mientras su mano diestra hacía la señal de la cruz y con la izquierda apretaba aún las cuerdas de las campanas!

Y los habitantes de aquel país de las zonas calientes dicen que el pecador fué perdonado porque murió por una virgen en la casa de Dios.

LUIS MARÍA JORDÁN.

LA INTERLOCUTORA ⁽¹⁾

Lo fué, durante todo un lánguido otoño, admirable de silencio y de atención. ¿Qué ansia enfermiza impulsábala á lividecer su alma en la angustia de tales relatos? Nunca quiso decirlo. Cuantas veces se lo preguntara sonreía penosamente y los ojos se le llenaban de lágrimas. La tarde en que presintió que estaba á punto de adivinar su secreto, cerráronse para mí también las puertas de *Las Glicinas*. Desde entonces vive sola en su quinta solariega, sin otro confidente que un suntuoso cuaderno de cantos dorados donde escribe una historia resignada y triste que jamás verá la luz. Y lo mismo que en aquella emocionante ficción de Radiana Glanegg, el Tiempo vela su retiro voluntario con su hoz y su reloj de arena como en las alegorias...

Alta, fina, singularmente pálida, tenía las manos afiladas y expresivas, y el aire pasmado de esos niños trágicos que pasan con ojos atónitos por los cartones de miss Kate Greenway.

Era la oyente ideal. Avida de fábulas, su espíritu no destellaba esa clarividencia quimérica de sus hermanas extraterrestres, Moralla, Ligeia, pero aquilatábalo, en cambio, sensibilidad tan exquisita, que el sentido de las imágenes abriase para ella con sorpresas de prodigio.

Las tardes crudas, refugiábase en aquel salón de reliquia donde había siempre una partitura olvidada en el historiado facistol y grandes rosas exangües en los floreros antiguos. A cada hora del

(1) De un libro próximo á aparecer titulado *Borderland*.

té humeante y de los libros cerrados», cuando la luz mortecina prestaba matiteces de cutis á las porcelanas de las consolas, y el piano ahondaba reflejos de estanque nocturno, y los retratos de los antepasados adquirían esa animación grave de la vida espectral, acodábase sobre una lacia piel blanca, la cara en las manos, para escuchar en esa postura tendida de esfinge que adoptan las girls juiciosas de los Keepsakes.

Otras veces, con las primeras sombras abandonaba el recinto. Aun me parece verla á mi lado con su andar elástico lleno de la gracia ceremoniosa de las gavotas. De vez en cuando, una ráfaga más fría propagaba ligero temblor en la fronda exhausta del jardín. En todas partes—sobre los arbustos de copas perennes, en los bancales contiguos ó, á sus pies, en la conchilla menuda del sendero—en todas partes caía una lamentable profusión de hojas amarillentas. Deteníase entonces para recoger alguna y, en seguida, reanudaba la marcha con un suspiro.

Sin embargo, rara fué la tarde en que tales paseos no se interrumpieran de improviso. Con frecuencia, en medio de una escena atribulada, inquietábase repentinamente y decía con su vaga sonrisa ocultadora :

—«Ha refrescado mucho, entremos...»

Bajo nuestros pasos, mientras nos alejábamos en medio de los árboles inmóviles, crujía la arena del camino...

ATILIO M. CHIAPPORI.

VERLAINE

¡ Ah, pobre Verlaine,
genial miserable!
Fué su vida un sollozo y, también,
poema inefable.

Con cara de brujo
y aspecto de vago,
encantó, sin embargo, y sedujo :
Verlaine era un mago.

Su cuerpo, en las salas
de los hospitales ;
y su alma de líricas alas,
por mundos astrales...

Mezclaba canciones
y ritmos dolientes
su laúd ; y su boca, oraciones
y besos ardientes.

En noches macabras
de fiebre alcohólica,
profería, con toscas palabras,
tristeza diabólica.

Y al borde de linfas
serenas y claras,
cautivaba su flauta á las ninfas,
con músicas raras.

Fogoso pagano,
soñaba un idilio;
ó á la Virgen, humilde cristiano,
pedía su auxilio.

Burlóse del Numen,
y fué su nocturno
inspirado. Dolor, su resumen.
Su signo : Saturno.

Un sátiro huraño
y amante y deforme,
con espíritu ingenuo y extraño,
precioso y enorme.

ALFREDO ARTEAGA.

ALMAFUERTE

(*Primer capítulo de un ensayo crítico en preparación*).

—¿Almafuerte?

Y aquellos á quienes preguntaba por el cantor de *Jesús*, por el que poco antes había conmovido á toda una generación con la dolorosa elegía del *Misionero*, arqueaban las cejas en un extraño visaje, como si les hablara de visitar al monstruo Fafner en su cueva. Y cuando ratificaba mi deseo, insistiendo en saber á donde debía dirigirme, levantaban el brazo en un gesto vago, indicando lo infinito, lo desconocido, y decían :

—Por allá... Por Tolosa, siempre... En su covacha...

Había algo de cruel en ese gesto de un pueblo que albergando al más grande de sus poetas simulaba ignorarlo, queriendo engañar al que desde lejos venía, como atraído por misterioso poder, hacia el pensador que tantas veces y tan hondo había hecho vibrar en él magnas tempestades de sentimiento.

La Plata, que olvidaba el camino de la «covacha», pretendía que los demás lo ignorasen. ¿Sería verdad, pues, aquella leyenda de ogro formada alrededor del cantor de la chusma? ¿Sería verdad aquella leyenda de brusquedades carduccianas, de hirientes frases, de malhumores terribles, cayendo como golpes de maza sobre la frente del importuno? Por fin, alguien me dijo :

—Venga usted... Yo le llevaré á la casa del Maestro.

...Y fué en una tarde de invierno, fría, desapacible. Una de esas tardes de invierno que más tristes y dolorosas parecen, en

la desolación de una ciudad inconclusa, de una gran capital fracasada, como La Plata. Calles amplias, bordeadas de árboles desnudos, con grandes huecos de edificación, solares vastos que se iban ensanchando á medida que avanzábamos por el suburbio desierto, silencioso, triste como un pueblo de campo. Había llovido pocas horas antes; grandes charcos de agua en el desigual empedrado, reflejaban tropes de nubes corriendo por el cielo, cubriendo el sol, dejándolo brillar de nuevo. En un amplio terreno abandonado, un gran charco, brillando y apagándose bajo el intermitente reflejo, parecía pestañear, como si guiñara maliciosamente, riendo de nuestro apresuramiento.

Mientras caminábamos, golpeados de frente por una brisa fría, glacial, cortante, mi compañero hablaba...

Y la vida del poeta pasaba, rápida, febril, como en un cinematógrafo mudo, ante mis ojos. Era una vida, completa vida de amor, de sentimiento, de nobleza, que no comprendían los bárbaros, los crueles, los indiferentes de la ciudad cercana. Era una vida, recta dentro de su tortuosidad superficialmente inexplicable, en marcha hacia la realización de un grande ensueño de amor y fraternidad, combatiendo el mal.

¿Este es odio, mentira, miseria? Pues, contra esa miseria, ese odio y esa mentira debe de ir la obra del hombre verdadero. Solamente los relativos, los inútiles, pueden detenerse en consideraciones sobre los peligros de la marcha. Los obstáculos no se deben de contar... Pero, los hombres los cuentan; los hombres miden y calculan el posible resultado inmediato de sus acciones, evitando perjudiciales errores.

El poeta no calcula, no piensa, no mide. ¿*Esto* es verdad? pues *esto* debe de ser dicho. ¿Hay peligro? «La verdad es más llamativa cuando corre más peligro.» La vulgar imposición, temor del cobarde, no alcanza con su brazo á la región del pensamiento. El odio es ignorancia, la miseria es inconsciencia. Enseñar es aliviar. El que sabe y comprende hállase á cubierto de males: pero el que comprendiendo y sabiendo los padece por asimilación apostólica es un héroe. Ese heroísmo, empero, es locura dentro del equilibrio anormal de la sociedad contemporánea. Por eso el poeta es «el loco» para los hijos degenerados de los imbéciles que veían en Jesús «el bandido». Ese heroísmo

nervioso, desequilibrado en el raquítico medio ambiente donde todo lo grande es anormal, es el de Almafuerte: gesto amplio en los brazos abiertos para recibir al desgraciado y al miserable; impetu de león, irguiéndole, vibrátil, caliginoso, ante una miseria relatada; arrojo de adversario valioso que baja, fuerte de sí mismo, á rogar al poderoso que combate, en beneficio ajeno... Heroísmo que va á la abnegación, lindante con la superficialidad ridícula; que llega á lo más alto del sacrificio, en un desesperado abandono de sí mismo, en una anulación del propio sér, en una superabundancia de amor, como el de quien habiendo nacido «para ser madre» se dá, enteramente, totalmente, en un olvido glorificador de la miseria propia...

A la evocación de mi compañero pasaban por mi memoria, vibrantes, fulgurantes, aquellos hechos de la vida del poeta, que corrían de boca en boca, diciendo de una firme voluntad, de una fé inquebrantable. No había sido siempre la «covacha» del suburbio, olvidada; pero este abandono volvía siempre, á grandes espacios, como ritornelo forzado, marcando la marcha progresiva, ascensional, de aquel espíritu único. Lo demás, todo lo demás, era accidental, fugitivo, vano. El salón donde se tejen los perfumados triunfos mundanos; el pasillo del palacio legislativo, el despacho ministerial, donde se trepa y se asciende en el dominio de los hombres; el proscenio deslumbrante, donde se conquista el corazón y el sentimiento de los auditorios; todo eso, es lo accidental, lo inútil, lo pasajero, dentro de la vida genial de los héroes del amor humano. Lo esencial es la escuela primitiva, en pleno campo; la dura lucha con el ambiente salvaje; la obstinada labor, casi manual, de sembrar abecedario en los cerebros incultos, más vírgenes que la dura tierra nunca herida por la reja; lo indispensable es la permanente lucha en el suburbio, frente á frente de las pasiones malsanas que irrumpen como vahos fétidos de una falseada civilización; es la inmensa gesta de un ejemplo noble, de una vida intachable, de un sacrificio prolongado hasta la propia aniquilación cerebral.

Brazos abiertos, grandes brazos abiertos para toda la miseria humana... «Hermano lobo», decía el de Asís; «hermano vicio», ha querido decir éste, no menos grande. Y si el vicio, más cruel que el lobo del seráfico panteísta, ha llegado á veces á envolver

en sus anillos de sombra la frente del hombre, no ha podido, nunca, nunca, bajar hasta su corazón... Job se lamenta, Cristo lanza un grito de desesperación y perdona; nuestro Misionero, nuestro Poeta, que comprende y por comprender duda, no hace más que entregarse, darse todo, en su vida de apostolismo excepcional.

Idiosincrasia tan desequilibrada en nuestro mundo requiere su ambiente propio, su marco de sombra, donde pueda su luz brillar más esplendorosa. ¿Qué hacer en el ambiente falso, hipócrita, de virtud melíflua, de vicio cobarde, de ambición rastrera, de odio afeminado, de utilitarismo calculador, de mal temeroso y grotesco?

¿Qué hacer en ese mundo, falso, pequeño, aniquilador? Por esto los grandes sacrificios requieren calvarios, no salones; tristes, desolados suburbios de miseria y de ignorancia, no los barrios de la aristocrática plebe, con rumor de sedas y deslumbramientos de pedrerías.

Y el suburbio es la llaga, pero es la llaga serenamente abierta, más fácil de curar. El impulsivo pasional tiene regeneración posible; no el degenerado calculador, frío matemático del delito. De ahí que al suburbio vayan los grandes, los nobles, los heroicos, llevados por su apostolismo generoso, cristiano...

Tales almas no pueden vivir la vida falsa de nuestro ambiente; la lucha permanente los endurece y á ellos no resisten nuestros vidriosos convencionalismos. Y esto es abandono, es olvido...

...Mi amigo se detuvo y con un gesto brusco del brazo nervioso mostróme el desierto, silencioso arrabal. La penetrante y aguda brisa había cesado; en torno de nosotros todo era calma, como si de repente se hubiera hecho el vacío. El sol, detrás de una gran nube gris caía en occidente. La ceniza del crepúsculo pesaba en los corazones; y el brazo de mi amigo trazaba lento surco en el aire mostrando una vasta esplanada, dos ó tres calles, abiertas á lo lejos, un grupo de caras, blancas, en la tarde oscura, claras, sobre el espacio gris... Reanudamos la marcha.

...La enemistad de unos, la malquerencia de otros, la desconianza de los más, hace cada día más alta y fuerte la muralla del aislamiento del apóstol. Aquí, en este ambiente primitivo, late

la sinceridad que es la base del heroísmo. Sólo así puede realizarse la transubstanciación del espíritu del genio á la masa dolorosa del miserable sollozante.

¿Sabe de esta química de las almas el mundo? ¿Es el abrazo dado al leproso, es el beso al criminal, es el cariño á lo más bajo?... ¡No, no sabe el mundo de tales vidas; no sabe el mundo de nada que sea ruda pasión, impetuosidad brava, sentimiento puro! Y Almafuerte es el sacrificio loco, irreflexivo, espontáneo.

Es el heroísmo único, excepcional, sobrepuesto á la pequeñez de la imitación, fuerte en su originalidad de inimitable. Es el maestro sin discípulos; el poeta cuya valía no está en la mecánica del ritmo ó en la gramaticalería de la rima, sino en la idea hecha carne, ya aplicada, acción antes de verbo, como el rayo es luz antes que sonido, antes que la grotesca resonancia del trueno, espanto de cobardes. «¡Maestro!» llamóle cierto día un joven poeta. ¿Maestro? y el joven poeta sufrió un día la prueba, la clásica prueba del patio de la casa de Pilatos... No, no era fácil ser discípulo de un apóstol en acción que al mismo mal defien- de si en el mal vé la inconsciencia y la posible regeneración. El místico compadecía al demonio porque no sabía amar...

¡Maestro! No es fácil ser discípulo de tal maestro que pone la poesía en parábolas en acción, que dá lo superfluo y lo necesario, que llora con el afligido, y que, también, fuerte y duro hasta la crueldad, somételo todo á la implacable gimnasia de su visualidad, de su manera de ver las cosas, con un amor tan grande á todo que á veces toca al odio y á la muerte...

Solo, único, exclusivo; tiene que pasar, como el sol, encegue- ciendo.

Nos detuvimos de nuevo. La noche había cerrado, rápida, después del corto crepúsculo de invierno. De nuevo un aire frío, glacial, pasaba con un suave siseo. Ante nosotros abríase el pa- so á nivel de una vía férrea. Del otro lado una pequeña casa con una ventana iluminada; mi amigo hizo un pequeño gesto indicándola á mi atención.

Yo volví la mirada por todo lo que me rodeaba, queriendo grabar en mi espíritu aquel fugaz momento de mi vida. La noche era oscura, sin estrellas; el hondo silencio persistía; en la vía

férrea, lejos, brillaba una luz verde, más lejos y más altas tres
luces rojas...

Delante de mí la ventana iluminada de la casa del Poeta...

Cuando entré y unos brazos vigorosos me estrecharon, sentí
que algo temblaba en mis párpados, humedeciéndolos...

Eso era en una noche de invierno fría y desapacible.

JUAN MAS Y PÍ.

DIVAGACIONES IRREVERENTES (1)

La explicación del nacimiento de todo sistema filosófico pudiera acaso encontrarse en aquella inextricable malla de acontecimientos triviales, de impresiones fugaces ó duraderas, de pequeños incidentes que parecen no dejar huella en el espíritu y que van sin embargo plasmándolo, sugestionándolo y dándole determinadas direcciones.

Así, á la investigación del porvenir le está reservado determinar el papel que desempeñó en la concepción del sistema de Kant la ventana de su cuarto, naturalmente sin que el filósofo se diera cuenta de ello.

El término de comparación que ayuda á dar á entender una idea es casi siempre el fenómeno que la ha sugerido. Pero esto generalmente no se advierte.

¿Qué es en efecto la razón pura de Kant?

(1) La índole especial de este artículo requiere dos palabras preliminares.

Quien lo firma es un desconocido para el público argentino. Poco hace, en efecto, que llegó de su patria, Dinamarca, donde ejerció durante muchos años el profesorado. El señor Hans Friedrich es un solitario. Habita, completamente retirado, en un pueblecito de los alrededores, sin otro cuidado que el de su jardín, que constituye su única pasión. Adora las plantas. También se ocupa de filosofía, pero tiene sobre ella opiniones radicalísimas. No ama á los filósofos, á los modernos sobre todo. Alimenta á su respecto ideas muy raras, que, si bien expuestas con escasa gravedad, encierran á menudo hondas verdades. Complacida esta revista da hoy cabida y la dará en los números siguientes á algunas de esas ideas, que tienen por lo menos el mérito de romper con la solemne uniformidad del pensar común, sugiriéndole al espíritu nuevos puntos de vista para considerar las cosas.

N. DE LA D.

Un hombre sentado ante su mesa de trabajo, obligado á verlo todo á través de una ventana que tiene vidrios coloreados, y que no puede abrir la ventana ni salir de su cuarto. Toda la realidad exterior se le pinta pues del color de los cristales. Las cosas en sí, en su verdadero tinte, nunca le será dado observarlas, y ni siquiera podrá jamás saber que color tienen los objetos de su cuarto, por cuanto también la luz de él se colorea como los vidrios.

¿Cómo no ver en todo esto al filósofo mismo, obligado por el rigor del invierno nórdico á refugiarse en su habitación, y que á través de los vidrios empañados todo lo vé alterado?

He allí la desdichada condición de los humanos. Basta en efecto sustituir por un cráneo las paredes y el cieloraso del cuarto; por el alma al filósofo mismo; basta leer *intelecto* en lugar de *ventana*, *sentidos* en lugar de *vidrios coloreados*, y *forma del intelecto* en lugar de *forma de la ventana*, para obtener el sistema, la crítica de la razón pura.

Si el cielo parece rectangular y dividido en cuadros, es que así está hecha la ventana.

Pero mientras el filósofo está sumido en tan tristes consideraciones algo se despierta en él que no se deja alterar por el color de los vidrios: el apetito. Una voz se oye: es la criada que lo llama á almorzar. He aquí el sentimiento y la razón práctica.

Tanta inconciencia en filósofos casi no se concibe, y, sin embargo, como es sabido, Tales, el creador oficial de la filosofía, cayó en un hoyo mientras salía de su casa mirando el cielo.

El filósofo mira hacia arriba, y por consiguiente no clava la vista en sí mismo. Hasta su modo de vestir lo demuestra.

Tampoco hay persona que se halle más sujeta á desengaños é ilusiones que el mismo filósofo.

¿De donde pudo, por ejemplo, venirle á Kant la idea de su *fantastía trascendental*, espacio mental (pues que el real para él no existe) donde disponemos nuestras representaciones, sino del espejo en que se miraba al lavarse?

Todo lo que había en su cuarto ha entrado en la fabricación de su sistema.

En estética, por ejemplo, su gran principio que lo bello consiste en una disposición de partes que hacen pensar en un fin sin que

haya tal fin, no pudo ciertamente serle sugerido por otras meditaciones que las que él hiciera sobre cierto vaso que, obligado á permanecer ignominiosamente oculto, estaba sin embargo adornado por muy bonitas flores, por cierto completamente inútiles.

Cualquiera puede llegar á no distinguir ya si está despierto ó dormido. Basta con que se pare en observar este punto capital : que también cuando sueña cree estar despierto. Por lo tanto, para no volverse loco, cuando á uno se le ocurren meditaciones de esta clase, inmediatamente las rechaza, siendo ya indicio su sola presentación de vocación para el manicomio. Kant, sin embargo, pasó toda su vida preguntándose si uno viendo vé algo, y como no tenemos otro par de ojos para cerciorarnos de la verdad, y aun teniéndolos también de ellos podríamos dudar, no pudo salir del atolladero.

Y por el estilo son casi todos los sistemas.

Algo distinto sucede con Platón, el hombre más precavido contra toda clase de ilusiones. Podemos afirmar sin más que en su tiempo no se conocía el alambique, ó por lo menos que él nunca había visto uno, pues de otro modo habríase dado cuenta sin duda, de que lo que él tenía en la cabeza y tradujo en un sistema, no era sino la destilación.

En efecto, en una cosa hay bondad, en otra más ; en una hermosura, en otra más : si se pudieran destilar la hermosura ó la bondad, obtendríamos la esencia de hermosura, la esencia de bondad, la hermosura y la bondad puras, sin ninguna mezcla : he allí sus ideas.

Destilando del mismo modo el ser, tendríamos el puro ser, Dios.

Todo esto llena la mente de mil personas que se llaman sabios.

Hoy en día el alambique es común, y sin embargo no se advierte que es en él donde fué á parar Platón, no siendo otra cosa su sistema.

Ni el mismo Aristóteles pudo apercibirse de la cosa. Advirtió sin embargo, que lo que buscaba Platón lo tenemos en nosotros : no dijo destilación, sino abstracción, y es lo mismo. No hay hermosura pura ; sólo existen cosas hermosas, de las que nosotros podemos abstraer la hermosura. Abstraer no viene á ser sino fijarse en una cualidad sola ; pero esta idea no era tan clara

para Aristóteles. Abstrayendo dejamos esa cualidad en el objeto, y en él la consideramos aislada. Aristóteles observa que la cualidad abstraída se hace idea en nuestro entendimiento, y para indicar cómo, acude á la descripción de un proceso, que no es otro que el de la destilación.

Y no son bromas. La alquimia, que debía transformarse en química, no es sino la aplicación á objetos reales del método que Platón aplicaba á las ideas; es el resultado de la escuela socrática.

Platón siempre es genial: nos dió una idea que no teníamos, y puso al mundo en la senda para descubrirla. En su honor los farmacéuticos llaman *esencias* y *extractos*, (que es lo mismo que decir *abstracciones*) todas las destilaciones que logran conseguir, y no sin razón llámase espíritu al alcohol.

No hay duda de que sólo este método nos puede conducir á comprender bien los sistemas antiguos y los modernos, siendo una necesidad suprema el seguir manteniéndose en la atmósfera de una fraseología misteriosa.

Lo abstracto, el ver mal y como de lejos, ha sido puesto sobre lo concreto, sobre la visión clara y distinta; el orden ideal sobre el real; el fantasear sobre el vivir, y el pensamiento sobre la acción.

A pesar de todo se progresa, ¿pero cómo? Tómese á cualquier filósofo y se verá que únicamente donde su sano juicio le lleva á refutar á otro filósofo, da con algo bueno: cuando después de haber refutado se sienta y empieza él mismo á hablar, ya no dice sino disparates. Como andan las cosas nos lo puede decir un similitud: la rotación de la tierra que se ha impreso también en la marcha del pensamiento. El sano juicio es el peso, la fuerza centrípeta, lo que nos tiene unidos y no nos deja disipar; la filosofía es la fuerza centrífuga, que si prevaleciera nos arrojaría á todos en el vacío. En cuanto habla el sano juicio en un filósofo y hace que se oponga á la tendencia centrífuga de los demás, éste resulta útil: en lo restante perjudicial.

De la fuerza centrífuga la tendencia filosófica tiene todos los caracteres: el principal, el de quererlo lanzar todo en una dirección única, el sistema, tangente á la realidad en un punto sólo.

Y eso en los sistemas filosóficos antiguos, que en cuanto á los modernos, son de todo punto ruedas que giran eternamente en el vacío sin tocar jamás la realidad.

La salvación está en no dejarse arrastrar, en quedar asidos á lo real.

El atomismo químico con sus equivalencias y afinidades electivas y repulsivas ha sugerido el sistema inglés de la asociación, y también ese sistema parece claro, porque uno se transporta con el pensamiento á la química. Pero despertemos, tratemos de darnos cuenta de que no se trata de átomos sino de ideas, y ya todo nos parecerá oscuro.

Lo que se vé desde lejos no se distingue bien. Colóquese á Fulano algo más allá y ya no lo conoceremos : no será Fulano, sino un hombre ; aléjese aun más, y no sabremos decidir si es un hombre ó un animal cualquiera ; y si se aleja más todavía lo tomaremos por un bloque inanimado. La distancia todo lo hace igual : es *lo homogéneo* de Spencer, quien no se dió cuenta, estableciendo su ley del progreso, que no hacía sino descender por la escala de los géneros, pasar de la vista confusa á la clara. Ardigó lo advirtió, y á la fórmula *de lo homogéneo á lo heterogéneo* substituyó la *de lo indistinto á lo distinto*.

La dificultad de entender á los filósofos nace casi únicamente del hecho que no se entienden ellos mismos, y que no se aperciben al hablar de la inteligencia, verbigracia, que están pensando en un alambique.

Todo el aparato telegráfico ha entrado ahora en psicología con los nervios aferentes y eferentes, lo que es muy natural, porque, en efecto, se sabe más ó menos en que consiste el telégrafo. Ya se verá como pronto también será introducido el radium en psicología. De un modo tan inconsciente de pensar ha nacido una inversión perniciosa en la valuación de las cosas.

Se quiere resolver el problema : ¿en qué relación está lo ideal con lo real?, y por empezar ya se da como conocido el punto de llegada, que ha de ser la unificación de los dos términos. He aquí, pues, alterada la cuestión, y reducida á buscar un término de comparación, algo, en fin, en que dos cosas se fundan en una. Se da con la línea curva, cóncava de un lado y convexa,

del otro, y como ésto parece muy claro, se declara resuelto el problema. ¡Y qué á esto se le llame filosofar!

Mientras tanto no se repara en el disparate que se comete en tal concepción de la línea curva. Sólo haciendo de una línea un cerco de tonel, tendrá ésta cóncavo y convexo; pero si se concibe la línea cual debe ser, no tendrá anchura ninguna, y únicamente será cóncava si limita una superficie cóncava, y convexa si limita una superficie convexa. Lo cóncavo y lo convexo son de la superficie, no de la línea.

Si se traza un círculo sobre una hoja, lo convexo queda únicamente en el círculo, y lo cóncavo en la superficie exterior: á quien se ponga á mirar mentalmente desde el centro del círculo le parecerá cóncava la circunferencia; pero porque la destaca del círculo y la proyecta en la superficie en que el círculo ha sido trazado. La línea antes bien que unir, separa precisamente lo que es cóncavo de lo que es convexo. Cuando dibujamos una circunferencia sobre un papel, ésta tiene cóncavo y convexo; pero ya no es una línea, sino una raya, que también se extiende en anchura.

El simil mencionado más arriba valdría si la línea pareciera cóncava y convexa mirándola desde el mismo punto; pero esto es simplemente absurdo. Hay que colocarse en dos puntos de vista distintos, y entonces... ¡adiós monismo!

¡Y decir que semejante sistema hace felices á muchos!...

HANS FRIEDRICH.

BAJO EL REY SOL

Triptico á la manera de Watteau

I

Mussé, Lilí y Fanfan. La que tiene más, tiene
Cinco años, y son rubias y bellas, lo son tanto,
Que un manso rui señor que ellas poseen, viene
A besarles los labios y á cantarles su canto.

Mussé, la de ojos verdes, aislada se entretiene
En morder una rosa que pone más encanto
Y carmin en su boca, mientras Lilí conviene
En que es mejor la fresa que mancha de amaranto.

Fanfan trepa á los árboles y se roba los nidos,
Aprisa las libélulas y los nidos floridos
De los que ella posee la luz y la fragancia.

Sus ojos son dos mares azules é infinitos.
(Niñas de tres graciosas y alegres marquesitas
Que en el siglo diez y ocho florecieron en Francia.)

II

Pasan las primaveras. Ya Mussé muy bien sabe
Sentir un madrigal que escribió Duplessis—

El duque y cardenal de Richelieu—y al clave
Toca admirablemente minuets de Lulli.

Lilí que era sonriente y alegre al par que suave
Sabe á Pierre de Ronsard : *Mignon allons voir si
La rose qui ce matin...* Lo que no impide alabe
Coqueta, haber dicho muy pudorosa un sí

A Carlos de Orleans el gentil duquesito.
Y hay un abate rubio que en su aspecto conrito
Oculta una pasión naciente por Fanfan,

Que se traduce en hondas miradas á hurtadillas,
Cuando la marquesita devota, de rodillas,
Con fé, oye la misa mayor de Nôtre-Dame.

III

En el bello parterre—que el artista decora
Con estatuas y fuentes—del palacio ducal :
Nobles, abates, pajes, Madame,—la encantadora
Duquesa—que acompañan Mussé, Lilí y Fanfan.

Tarde de fiesta. En tanto el duque rememora
Aventuras galantes—picaresco y locuaz—
Ante el grupo de amigos, y la risa desflora
Su flor, entre las damas se procura ocultar

Con discreción, la audacia de la atrevida apuesta
De quien es, de las jóvenes que acuden á la fiesta,
La de más bellas piernas. Es juez el paje Eudoro.

El decidir es árduo. ¿Es Lilí? ¿Es Fanfan?
¿La divina Mussé? La incertidumbre es tal
Que se queda sin dueño la manzana de oro.

LETRAS ARGENTINAS

«VOZ DEL DESIERTO» POR EDUARDO TALERO

Es un libro constituido por una serie de capítulos, en los que aparecen vigorosamente pintados, tipos y paisajes del territorio del Neuquén.

Ya forman número en nuestras letras aquellas obras que deben su justa fama á su característica de ser el fiel reflejo del ambiente físico y social en que nacieron, y á ese sabor inconfundible del terruño que sus autores supieron infundirles.

¿Habremos de decir que *Voz del desierto* viene á engrosar ese número? ¿que lleva en sí tanta potencia de vida como para perdurar al lado de esas obras, universalmente celebradas entre nosotros? Nos parece que no.

Como puede ya suponerse en un libro de índole semejante, las descripciones ocupan las más de sus páginas. El señor Talero ama infinitamente la Naturaleza. La ama con adoración de artista. Razón ésta explicativa del porqué ningún sacrificio le ha parecido excesivo para expresar en sus páginas esa adoración. Y tanto ha cuidado las descripciones, tanto las ha pulido, que—por más que él nos asegure de su anhelo de presentar fielmente la impresión directa y sincera sentida en su comunión con la libre Naturaleza—la obra se ha impregnado de un tono general de exagerada afectación. La falta de naturalidad es el principal defecto de ese libro destinado á cantar la Naturaleza. Se siente en él el

tiempo empleado en buscar la imagen rara, en labrar la frase intensa, en hallar el rasgo brillante; se adivina en él—más aún, se palpa—la lucha habida entre la lengua rebelde y la mano del escritor que quiso fijarla en períodos rotundos y expresivos. Y adviértase que cuando lucha semejante se entabla, el lector no acostumbra admitir sino el triunfo completo del artista sobre el rival dominado.

Por eso, por aquel amaneramiento de que adolecen las mejores descripciones de *Voz del desierto*, se les prefiere aquellos otros capítulos más sencillos, más familiares,—vervigracia *Los colonos*, *Dura lex*, *Balazos patriarcales*—en los que el autor nos muestra algunos de los más interesantes aspectos de la vida de esos lejanos pobladores del territorio argentino.

Lo que, sin embargo, mayores elogios merece en el libro, es el cariño intenso que en él manifiesta su autor por aquella tierra de bendición, cariño como de hijo, que, expresado con verdadera efusión poética, logra transmitirse al lector.

Pero el señor Talero no se ha detenido en eso. En un raptó de lirismo campestre juróle sin duda antipatía eterna á la ciudad y á la civilización, y por cierto que esa antipatía no le abandona ya en todas las páginas de su obra. Para expresarla encuentra acentos verdaderamente sinceros; mas, con frecuencia, se excede en su expresión, recibiendo entonces ese odio, en su mismo exceso, el merecido castigo, pues resulta completamente risueño.

Son estos, sin embargo, pequeños lunares que si logran á veces impacientar al lector, en nada menoscaban el valor de conjunto de una obra. Y de este punto de vista *Voz del desierto* bien merece sinceras alabanzas. No desafiará el tiempo sin duda—ya lo hemos dicho—; pero es una obra viril, sincera por el sentimiento que dióle vida, libre como la naturaleza en que vió la luz, una obra, en fin, que algo marca en estos instantes, tanto por su mérito intrínseco, como por lo que representa.

«THESPIS» POR CARLOS OCTAVIO BUNGE

Extremadamente múltiple ha sido hasta la fecha la producción del señor Bunge. Múltiple y variada. A la pedagogía, á las cien-

cias jurídicas, á la sociología, á la psicología, al teatro (ay!), y á la novela, les ha rendido culto con mayor ó menor fervor. Esta misma adaptabilidad de su mente, sin embargo, esta misma sorprendente variabilidad de sus aptitudes, más han redundado en su perjuicio que en su provecho. Sobre todo en perjuicio de su reputación de hombre de ciencia. Y ello es natural. El público generalmente resístese á creer en la profundidad de conocimientos de quien aborda con invariable entusiasmo temas tan diversos.

No hemos de entrar á discutir el fundamento que puedan tener estas opiniones vulgares que, si las hemos anotado, simplemente ha sido porque el tema lo permitía, y también porque ellas se aplican, no sólo á este caso particular, sino al de otros distinguidos hombres de ciencia argentinos, en cuya seriedad científica poco suele creer el vulgo por idénticas ó parecidas razones.

Pero pasemos.

En otro género más se ha ensayado el señor Bunge en este último libro: en el género, hartó difícil, del cuento.

El género presenta, en efecto, mayores dificultades de las que comúnmente suélese atribuirle. Sin mencionar las inherentes á la ejecución, otra dificultad supone más insalvable: la de lograr ser originales en campo tan trillado. Hecho éste en el que debe irse á buscar la explicación de esa excesiva eflorescencia de cuentos fantásticos que en nuestras playas, para no ir más lejos, se ha dado en escribir, en libros y en revistas.

Un hermoso libro de cuentos es hoy en día una joya literaria inapreciable. Ninguno sobresaliente conocemos entre los que en éstos últimos años han aparecido entre nosotros, y adviértase que en el género se han ensayado escritores más que estimables.

Buenos y mediocres, eso sí, varios. Thespis bien merece figurar entre los primeros. Es un *buen* libro de cuentos. Y séanos permitido dar sobre él este juicio de conjunto, resumido en un epíteto, pues que, en su misma inexpressiva vulgaridad dice más, sin embargo, que toda la retahíla de sutilezas críticas á que obliga la profesión. Un buen libro de cuentos, redactados todos ellos en un estilo sencillo, fluído y distinto según la índole del asunto. Pues diversos son los asuntos en el libro tratados. Asuntos cómicos y trágicos, delicados y groseros, y más ó menos originales, más ó menos interesantes... como en todos los libros de cuentos.

De una trivialidad fuertemente acentuada algunos como *El Justiciero* y *El canto del cisne*; de una exquisita delicadeza el titulado *La madrina de Lita*; ingeniosamente extravagantes otros como *El último grande de España* y *Una pesadilla drolática*; pero, sin excepción, aun los más vulgares, no desprovistos por completo de aquel interés que obliga á darles término, á quien comenzó su lectura. Y todos ellos salpicados de un cierto especial humorismo, que, si por instantes choca por lo demasiado burdo, generalmente seduce por su abierta franqueza y su ingenua gracia con frecuencia sutil. Un humorismo que constituye el rasgo dominante en los mejores de esos cuentos, y que nos hace el efecto —vaya la impresión personal concretada en una imagen— de algo como una sonrisa, grave y picaresca á un tiempo mismo, refleja en todas sus páginas.

Es, pues, *Thespis*, un pequeño y amable libro, que en su modesta esfera llena dignamente su misión de impresionar nuestro espíritu, ya agradable, ya tristemente, pero siempre con mucha suavidad, sin agitarlo en exceso.

ROBERTO F. GIUSTI.

«ESTUDIOS DE FILOSOFÍA JURÍDICA Y SOCIAL», POR ANTONIO DELLEPIANE

Redactado en estilo sobrio y llano, viene este libro á acrecer nuestra aun limitada producción sociológica.

La obra está dividida en dos partes: la una, de interés más bien didáctico, llena las exigencias de parte del programa de Filosofía del Derecho, cuya cátedra dicta el doctor Dellepiane en nuestra universidad; la segunda constitúyenla una serie de «notas de crítica sociológica», ya publicadas por su autor anteriormente en diarios y revistas que, según sus mismas palabras, «el tiempo comienza ya á amarillar.»

En la primera parte el autor expone los métodos, el concepto, la división de la Filosofía del Derecho, y sus relaciones con la moral y la sociología. Declárase en estos capítulos preliminares enemigo del historismo puro y partidario de una tésis ecléctica, que

combine acertadamente ambos métodos, el deductivo y el inductivo, del que el histórico no es más que una de las formas que afecta. Pasa luego á tratar de la concepción orgánica de la sociedad, que combate, de la psicología, del método en sociología, de los fenómenos sociales y de su clasificación, y por último de la causalidad en sociología y de las leyes sociales, todo ello con espíritu sereno y equitativo.

La segunda parte del libro, de un interés más general, contiene seis artículos de índole diversa, pero todos instructivos, siendo principalmente en los de orden criminológico en los que el señor Dellepiane pone á contribución todos aquellos conocimientos y aquella perspicacia en la materia, que ya revelara hace tiempo en su notable y conocida tesis *Las causas del delito*.

El titulado *Zola y la herencia* merece sobre los demás especial atención si se consideran las importantes conclusiones á que arribaba en él al considerar la faz científica de la monumental obra del Maestro, conclusiones coincidentes muchas de ellas con las que más tarde formulara sobre el mismo tema Max Nordau en su harto zarandeada *Degeneración*.

En resumen: un libro concienzudo y honesto, tanto más elogia-ble cuanto que se presenta sin pretensiones de ningún género, un libro que es un buen anticipo de la obra que el señor Dellepiane nos promete sobre Filosofía del Derecho, de cuyos capítulos preliminares no es sino un esbozo la primera parte de la que hoy da á luz.

B.

TEATRO NACIONAL

NACIONAL : «*Para vencer*» por Leopoldo Longhi—«*El mejor tesoro*»
por Emilio Ortiz Grognet.

Diversas sensibilidades han de darle naturalmente á un drama de esta índole, nebuloso é impreciso, interpretaciones diversas. Por consiguiente séanos permitido recordar aquí el argumento del drama á través de nuestras impresiones personales, glosándolo con nuestro especial modo de sentir. Si no siempre hemos de lograr que coincida nuestra interpretación con las ideas del autor, convéngase sin embargo, en que la culpa no será toda nuestra.

Entre Raimundo y Elisa, casados desde hace algunos años, existe un desacuerdo espiritual, que va ahondando entre ellos, con el transcurso del tiempo, un abismo infranqueable. Raimundo, escritor, persigue su ideal : la gloria. Elisa, joven y hermosa, también acaricia su ideal. Ella quiere amar y ser amada. Y siente que no lo es. ¿Lo siente? Por cierto. Estos son sentimientos de los que más que un claro, un nítido concepto, sólo tiénese una vaga intuición. Su esposo *no puede* amarla, no : otras preocupaciones lo absorben. El *no puede* dedicarle á ella, pequeña cosa frente á la inmensidad de sus aspiraciones, aquel cuidado que éstas le roban. Es—no lo negamos—una lucha de sentimientos tan sutil, que permanece oculta á la penetración vulgar ; una oposición quizás incomprensible para los más, por su misma rareza ; pero cuya posibilidad no puede rotundamente negarse. ¿No es admisible que

en un espíritu superior se excluyan el amor á la gloria y el amor á la mujer; que uno de los dos deba necesariamente ser dejado en segundo plano, para que pueda el otro triunfar?

Y lo que Elisa no halla en su esposo, es decir, una correspondencia á su insatisfecho deseo de amor, lo encuentra en el poeta Leonardo, íntimo amigo de Raimundo. Elisa y Leonardo llegan fatalmente á amarse; pero aun logra contenerlos el sentimiento de sus respectivos deberes. Ella todavía ha tenido energías suficientes para suplicarle que parta, que se aleje, y él lo ha prometido, mas le ha faltado el ánimo para cumplir la promesa. Esto en el acto primero.

En el segundo, Raimundo ya comienza á ver cual abismo va cavándose entre él y su esposa. Es algo que él siente, pero que no logra explicarse. ¿Qué es lo que le roba á su esposa la calma, que es lo que la aleja siempre más de su lado, qué visiones cruzan las pupilas de ella que él no puede aferrar á su paso? Por el momento no tiene de la verdad sino una vaga intuición; pero bastarán un gesto, una palabra, un detalle insignificante, para que lo comprenda todo.

Y llega la catástrofe. Carvi, amigo de la familia, especie de viejo Néstor de Raimundo, tiene antes que él la revelación del secreto, y no titubea en enrostrarle su delito á Leonardo. Este, avergonzado de su culpa se decide á partir. Pero la escena que hay entre él y Elisa cambia la situación. Es una escena pasional que el autor ha verdaderamente sentido. Esta y la siguiente, última del acto segundo, son, sin duda, las mejores del drama. Leonardo quiere irse, pero ahora es ella quien lo detiene. No, no partirá. Y, por desarrollo lógico de la escena, surge en ellos la resolución de irse juntos. Mas, en el momento en que ella ya se prepara para seguir á su amante, que acaba de salir, entra Raimundo, que todo por fin lo ha comprendido. ¿A donde va Elisa? ¿porqué huye Leonardo? Los ademanes, los rostros, lo que está sucediendo en la casa están delatando á los culpables á grandes voces. Raimundo, furioso, delirante, se arroja sobre su mujer. Ella en el primer instante niega. Luego, acosada por su esposo, confiesa.—Tú lo amas,—él le grita. Y ella, en su despecho, en su afrenta, con voz sorda, orgullosamente afirma: Sí. Es la revelación. E inmediatamente, toda la amargura que lleva en el fondo

de su alma, se desborda por sus labios en una tirada pasional, que viene á ser como la exposición de la lucha de sentimientos á que aludimos poco antes.

Raimundo entonces, enceguedo por el dolor y la ira se arroja sobre su mujer para extrangularla. Pero á tiempo se contiene, cuando ya sus dedos crispados iban á hundirse sin remedio en la garganta de ella. ¿Qué es lo que lo detiene? ¿El horror del crimen? ¿la rápida comprensión de la inutilidad de esa muerte? ¿ó acaso el miedo al escándalo que promovería esa tragedia? Se detiene y retrocede aterrorizado. Luego, á ese terror de los primeros instantes, sucede nuevamente en su corazón la cólera de que antes se hallara poseído, y en un arrebató pasional la arroja á Elisa de la casa. Y ella huye, aun perseguida por la trágica visión de lá muerte, que viera poco antes cerca, muy cerca de sí.

Pasan dos años. Raimundo en su aislada vida dolorosa asediada á todas horas por los recuerdos de la dicha perdida, ha tenido sin embargo la energía, el valor suficientes para lograr la ansiada victoria. La gloria por fin ha descendido á besarle la frente. Todos ahora lo aclaman, todos lo respetan. Pero, cuando ya casi cerradas las antiguas heridas de su corazón, disfruta del triunfo completo, he aquí que á turbar su reposo vuelve *ella*. Es en el tercer acto. Durante una fiesta que en él se da en honor de Raimundo, Elisa ha entrado en la casa, para verlo por última vez. Vuelve pálida, demacrada, agobiaba por su dolor. Viste de riguroso luto. Su relato es triste y sencillo. Leonardo después de hundirse en el juego, se halla ahora encerrado en un manicomio de París. Si ella viste de luto, es porque tuvo un hijo, y ese hijo—su única dicha—murió. Todo ya ha concluído para ella, todo. Si ha vuelto es porque quiso contemplarlo en medio de su triunfo, para arrojarle una vez más al rostro su crimen, que fué el de haber sacrificado una existencia á su ansia loca de triunfar. Y allí mismo,—última venganza que se ha reservado—se mata, cumpliendo con su propia mano y en el mismo lugar, lo que él no supo hacer años antes.

El drama es defectuoso. Su argumento adolece de grandes incorrecciones. Todo explicado, ¿cómo explicar, sin embargo, ese final del tercer acto? Más humano, más lógico hubiera sido que Elisa volviese humilde y—¿por qué no?—aun capaz de arrepen-

timiento. Pero ella, á pesar de su aparente humildad de los primeros momentos, vuelve con el pecho henchido de odio y de rebeldía, vuelve con un arma, que implica lógicamente la premeditación del suicidio y de toda la escena final. Y ese final es propiamente el que da un vuelco completo á la interpretación que del carácter de Elisa nos formáramos en los dos actos anteriores. La pregunta se impone: ¿cuál de ambos fué el culpable? ¿Elisa ó Raimundo? ¿ó quizá ninguno de los dos? ¿quizá fueron dos fuerzas ciegas que marcharon en opuestas direcciones, ambas en pos de distintos ideales encontrados? Y aquí vendría la explicación del título. *Para vencer*, Raimundo, persiguiendo el ideal que se propusiera, todo lo arrolló á su paso. El fué quién inconscientemente, despedazó esa pobre vida de mujer, ansiosa de dicha y de amor. Sin la escena final esta última tésis se explicaría, pero tal como ella se desarrolla, otra pregunta surge al contrario: ¿O es Elisa una mujerzuela perversa y egoísta? Pues convengamos en que no hay motivo para que ella culpe á su esposo de tanto crimen.

Por las razones apuntadas, aun admitiendo que el drama terminara con el suicidio de Elisa, más explicable hubiera sido que ese suicidio surgiese de la discusión entre ambos esposos, de la rememoración del pasado, que, naturalmente, llevaría consigo la reabertura de las viejas heridas mal cerradas, de la exasperación, en una palabra, á que ambos llegasen en el transcurso de la escena. Pero esa arma que ella lleva consigo, todo lo echa á perder.

Sobre la veracidad de los caracteres valga lo dicho.

El señor Longhi ha demostrado en este drama no conocer aún á fondo todos los resortes de la técnica teatral. Falta en él movimiento, falta vida, falta habilidad en el manejo de los personajes. La repetida uniformidad en cada acto de las entradas y salidas de los esposos López (en los que el autor ha querido quizá simbolizar la armonía posible entre los espíritus sin altos ideales, frente á la desarmonía que existe entre Elisa y Raimundo) es la prueba palpable del mencionado desconocimiento de la técnica teatral.

Fluido el diálogo, aunque retórico y abundante en imágenes, no siempre de buena ley.

Pero son todos esos defectos que el autor irá fácilmente corri-

giendo á medida que vaya acumulando mayor experiencia en estas lides, razón que hace mayormente resaltar la injusticia de ciertos criticastros que sin cómpasión atacaron el drama, errado hasta cierto punto, pero acusador de un fresco talento juvenil.

Ningún respeto por el talento del autor que en todas las escenas del drama se revela; ninguna consideración al atenuante de que se estaba en presencia de un novicio en arte tan difícil. Nada.

Pero,—¡qué diablos!—un chiste bien vale el sacrificio de una reputación.

Buena la interpretación. Blanca Podestá sobresaliente en algunas escenas en su papel de Elisa.

El viernes 2 del corriente estrenáronse en este teatro, con éxito franco, la graciosa comedia en un acto del señor Alberto de Zaballa, titulada *Otras músicas*, y *El mejor tesoro* por el señor Emilio Ortiz Grognet.

El mejor tesoro es un drama sin pretensiones y de rápido desarrollo. Su acción, algo lánguida en principio, anímase á medida que se aproxima á la escena final, en la que el autor, de la no muy novedosa situación del esposo engañado frente á frente de los dos culpables, ha sabido sacar infinito partido, pintándonos una complicada é intensa lucha de sentimientos.

Delicada la factura del drama, fácil y galano el diálogo, bien delineados los caracteres en cuanto lo permite un boceto semejante, y por doquier desparramados pequeños rasgos fugaces sin importancia aparente, casi imperceptibles detalles característicos, reveladores de un espíritu curioso y sutil.

¡Lástima que ninguno de los actores estuviera la noche del estreno bien posesionado de su papel!

El señor Ortiz Grognet ha acreditado su fino talento dramático en dos estimables ensayos. Hecha ya la mano á las dificultades de la escena, ha llegado el momento en que se empeñe en una obra de proporciones mayores. Indudablemente lo acompañará el éxito más completo.

Marconi: En este teatro viene actuando con éxito la compañía de Pablo Podestá, que acaba de estrenar el drama *Parientes pobres* por don Martín Coronado. Nos ocuparemos de él en el próximo número.

ROBERTO F. GIUSTI.

NOTAS Y COMENTARIOS

Las conferencias de Guillermo Ferrero—Guillermo Ferrero ha terminado la serie de sus conferencias del Odeón. Ocho veces en el mes esa aristocrática sala se ha llenado de una selecta y numerosa concurrencia de damas, políticos, periodistas, literatos, intelectuales de todo género y de todas las condiciones, acudidos, los unos por verdadero interés, los otros por simple *snobismo*, á escuchar durante dos horas consecutivas al distinguido historiadador.

Y Ferrero, con su voz monótona y plañidera, desagradable en principio hasta hacerse simpática por la fuerza de la costumbre, ha rememorado ante el auditorio respetuosamente recogido, la pasada grandeza de Roma, acompañando su fácil elocución con amplios ademanes de sus brazos largos y huesudos.

Sin temor de errar puede asegurarse que la impresión dejada en el auditorio por ese ciclo de conferencias, ha sido inferior á la expectativa.

Muy novedosa ninguna lo ha sido. Muy profunda tampoco. Ferrero no tiene vuelos de águila. En las de índole general, verbigracia en la primera sobre la importancia de la historia de Roma, y en la séptima sobre el vino en esta historia, se ha notado la falta de más numerosos y más hondos puntos de vista para considerar el tema. La de Antonio y Cleopatra no convenció. El público no gusta tan fácilmente de abandonar ciertas arraigadas creencias. A la sequedad de una prosáica demostración científica, prefiere la fé ciega en una poética leyenda, magüer fuese falsa. A los entendidos tampoco gustó el modo algo irrespetuoso con que trató Ferrero á sus ilustres predecesores en estos estudios. A todos ha parecido algo exagerada esa importancia que el le atribuye á su obra en la resurrección del interés general por la historia romana. Pero, en síntesis, esas conferencias no han dejado de ser interesantes y por consiguiente aplaudidas. En la última Belisario Roldán, el obligado Roldán, dió término á la serie con un bello discurso, en el que nada habría que reprochar como en todos los dis-

cursos del delicado orador, á no ser su superficialidad excesiva y su no menos excesiva prodigalidad de elogios para Guillermo Ferrero.

Tallavi en «Los Espectros»—En una crónica del mes no puede dejarse pasar en silencio el imprevisto acontecimiento de arte que el público porteño ha tenido ocasión de presenciar en estas últimas semanas en el teatro Argentino. Nos referimos, como se comprenderá, á la interpretación que Tallaví ha hecho del papel de Osvaldo en *Los Espectros*. Con sorna fueron leídos los carteles anunciadores del espectáculo. ¿Después de Zacconi? En verdad que se requería audacia. Y con ganas de bromear llenó el público el teatro la noche del estreno. Pero, desde la aparición de Tallaví fué por completo conquistado, subyugado por el talentoso actor. Sí esa interpretación no se parecía á la de Zacconi, tampoco le iba en zaga. Algunos en su entusiasmo fallaron en favor de Tallaví. Entre ellos no faltaban médicos. Sí, esa interpretación de la enfermedad de Osvaldo era más exacta, pues, en su calculada continuidad ajustábase más á las condiciones del drama, cuya acción transcurre en menos de 24 horas. Sea como sea ha sido éste para el joven actor español un verdadero triunfo. Y noche á noche el público se ha renovado en la amplia sala del teatro Argentino para aplaudirlo en ese desenvolvimiento magistral que él hace de su dificultoso papel. Pero el hecho se presta á reflexiones. A ver ese drama de Ibsen no se va hoy en día sino para contemplar en cual forma desenvuelve el actor el proceso de la espantosa enfermedad de Osvaldo. El público no va al teatro sino para ver cómo sufre y cómo muere el protagonista, y si lo hace tal como en las clínicas se vé. Reflexionándolo bien eso es simplemente horrible. En definitiva no es algo más elevado que el truculento folletín que place á la gente menuda.

LIBROS RECIBIDOS :

Estudios de Filosofía Jurídica y Social, por Antonio Dellepiane—Valerio Abeledo, editor.

Voz del desierto, por Eduardo Talero—(Edición de la «Sociedad de Escritores de Buenos Aires»).

Thespis, por Carlos Octavio Bunge—(Biblioteca de *La Nación*).

El problema social, por César Iglesias Paz—Arnoldo Moen y hermano, editores. (*Nos ocuparemos de él en el próximo número*).

Cuentos Extraños, por Juan Mas y Pi—La Plata—(*Nos ocuparemos de él en el próximo número*).

Vendimias Juveniles, por Manuel Ugarte.—Garnier hermanos, París—(*Nos ocuparemos de él en el próximo número*).